

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



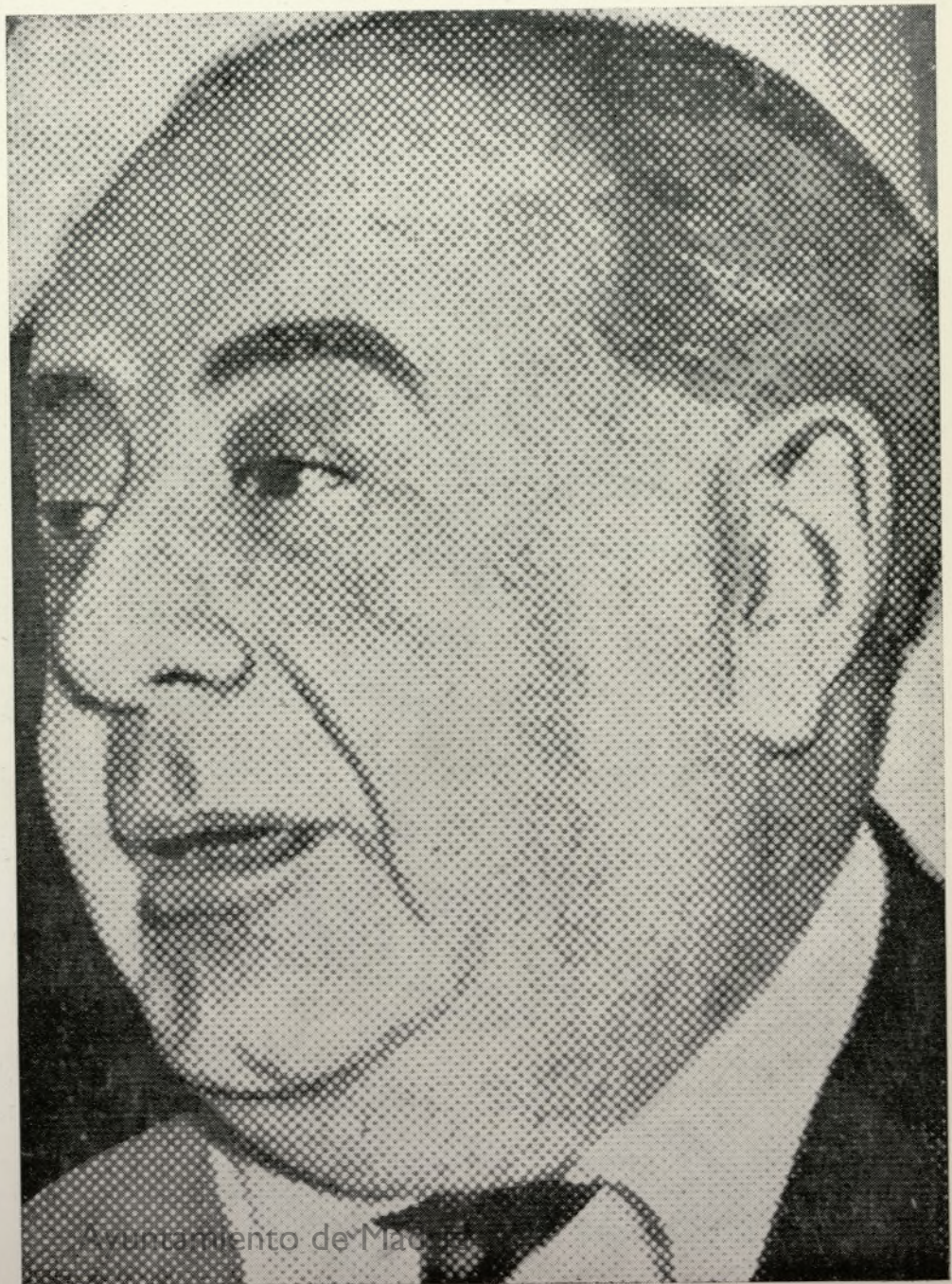
Editorial. — **R. Liarte:** La ciencia, la técnica y el trabajo responsable. — **Julio Just:** El hombre de la voz de bronce. — **A. Machado:** Palabras proféticas. — **S. Campos:** El hambre y sus consecuencias sociales. — **H. Ryner:** El único esfuerzo útil. — **E. Relgis:** Literatura viva. — **F. Ocaña:** Por España y la Humanidad toda. — **J. Guerrero Lucas:** Simiente de libertad. — **Regeneración:** Fetiches divinos y humanos. — Perlas de Shakespeare. — **S. Palacio:** En recuerdo de Alejandro Casona, muerto en Madrid. — **Costa Iscar:** Sólo hay verdades relativas. — **H. Hellis:** Kropotkin. — **C. Paules:** Las huellas de un peregrino. — **Abarrátegui:** Romance de la calera. — El dinero. — **Samblancat:** El prisma.

169

Marzo - Abril 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



Avantamiento de Mao

NUESTRA PORTADA

No podemos —el espacio nos falta— dedicar a M^o Torres todas las cuartillas que esa vida tan rica y agitada merece. Pero sí hemos de decir que, desde el proceso del «Bonnet Rouge» al llamado proceso de Lyon, en el que se pretendía envolver a la C. N. T. exilada, con la calificación de «asociación de malhechores», pasando por la defensa de Germaine Berton y la campaña por la libertad de Ascaso y Durruti, detenidos en París y amenazados de extradición allá por los años 28-29, siempre, en todo momento, Henry Torres fue, como él decía: un amigo de los anarquistas españoles, entre los que había encontrado —según decía él también— los hombres más extraordinarios, los más valientes, los más nobles de cuantos conociera en su larga vida.

Su voz de bronce, su voz famosa, que llenaba las salas; sus defensas, que eran piezas oratorias que no hubieran desdeñado los oradores de la Grecia antigua, no volverán a sonar en los oídos humanos. Con melancolía despedimos a este hombre, encarnación también de otros tiempos, de otras épocas, de otros estilos de vivir y de juzgar a los seres. Para Torres la vida fue una aventura apasionante, una experiencia humana.

Su libro «Accusés hors série» no es más que un pálido reflejo de lo que hubiera podido contar este hombre, que pudo y supo inclinarse sobre todas las miserias humanas, rozar e intimar con los más extraordinarios especímenes de la especie...

Para nosotros quedará siempre viva la imagen del que supo arrancar de las manos de la justicia burguesa la vida y la libertad de Germaine Berton, con una defensa que fue el proceso de «l'Action Française», en la cual se anunciaba el fascismo en Francia y en el mundo. La imagen del hombre que supo apiadarse de nosotros y no escatimar esfuerzo personal, para cubrir con su nombre y con su presencia el inmenso desamparo de una comunidad humana e ideológica perseguida y acorralada; que supo defenderla en los más desdichados de sus hombres. Cuando apenas si se desplazaba para las defensas, utilizando los jóvenes abogados que se «hacían las uñas» en su bufete, fue personalmente a defender a nuestros hombres en peligro, en Lyon o donde fuere.

Descansen en paz, después de tan rudos combates, el viejo león, que supo hacer de la vida una aventura y que supo vivirla, sin descender jamás hasta la vulgaridad ni el servilismo. Fue un mosquetero y muchos de sus rasgos nos evocan otros dos hombres que conocimos y que poblaron, con sus hazañas y sus leyendas, los años de nuestra adolescencia.

CENIT

**REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA**

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgeas, Renée Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

Ayuntamiento de Madrid

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aiente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XVI

Toulouse, Marzo - Abril 1966

N.º 169

EDITORIAL

LA REPÚBLICA Y LA C. N. T.

UA han pasado treinta y cinco años. Transcurren los días; pasan las naves. Huyen las sombras. Pese a todo, la vida continúa. Los pueblos no mueren. Son eternos. Quien siembra, recoge. Quien traza surcos, prepara la cosecha de mañana. Un sueño de labores y esperanzas forjan los hombres cuando el tiempo pasa. Que todo pasa en la vida; pero quedan los quehaceres diarios, la obra que no acaba.

Desde la atalaya del tiempo, analizamos el proceso de nuestra historia. Es ésta la profecía del ayer. No nos faltará generosidad, por algo somos anarcosindicalistas, para enjuiciar la vida corta de la República española. ¿Quién hizo más que nosotros para propiciar su instauración? En la lucha contra la dictadura de Primo de Rivera perdimos hombres de una valía excepcional. Nuestros cuadros revolucionarios sufrieron una sangría indecible. Nosotros no contamos nunca a los muertos. Los llevamos cargados a la espalda. Nos pesan demasiado. Son muchos. A veces no nos dejan caminar. Pero marchamos hacia adelante.

La República tuvo dos hijos: Caín y Abel. Uno, fue mimado como un señorito estúpido y beodo, al que se toleran los extravíos; otro, fue tratado como un paria, al que se exigen sacrificios desmedidos, acaso por ser excesivamente bueno. Para nosotros fue la hiel y el vinagre; para los reaccionarios, el trigo y el laurel. Nada podemos hacer. Nos tocó perder y supimos hacerlo con la máxima dignidad. Si el que más pierde es el que más aprende, nosotros nos sabemos la lección de memoria. Y de la enseñanza queremos sacar el mayor provecho, no para nosotros, que no es esto lo que importa, sino para el presente y el futuro de nuestro hidalgo y generoso pueblo español.

Se ha repetido hasta la saciedad que la República vino sin sangre. Y esto no es cierto. Con la sangre derramada por todos los luchadores libe-

rales y obreros se fraguó la derrota de la dictadura. Fermín Galán y García Hernández, dos glorias del siniestro Ejército español, dieron su vida por la libertad del pueblo. La pérdida de Galán es inestimable. Lo fue ayer y lo es hoy todavía. Su obra, «Nueva Creación», tendrá que ser estudiada una vez más por cuantos anhelamos edificar una España nueva. Aquel gigante de pulso seguro, de ideas concretas, acaso pudo salvar a la República de haber salvado la vida. Nosotros estamos más que de vuelta de todos los mesianismo; pero es que Fermín Galán, como Ascaso y Durruti, no pertenecían al mesianismo de casta. Eran hombres del pueblo. Y un pueblo no gana absolutamente nada cuando pierde sus mejores hombres.

¿Que la República no tuvo hombres ejemplares y buenos? Sí, tuvo valores de una honradez a toda prueba, de una moral acrisolada. ¿Cómo no reconocer la grandeza moral e intelectual de Ortega y Gasset, la lealtad senequista de Martínez Barrio, el temple firme y la nobleza de Besteiro, entre tantos hombres egregios que tuvo la República? ¿Cómo no creer en la bondad de Macía, en el apostolado de Companys, el presidente mártir, o en la reciedumbre de tipo popular de Aguirre, defensores de la autonomía de los pueblos catalán y vasco, respectivamente? Sólo quien cree en sí mismo, cree en los demás. Y nosotros creemos en el hombre.

En el orden educacional, la República hizo mucho en poco tiempo. En el dominio jurídico, se nos ofreció una Constitución que el tiempo se encargará de revisar. Pero la República no supo acometer a su debido tiempo, los dos problemas más decisivos que los españoles teníamos y tenemos planteados: la Reforma Agraria y las responsabilidades contraídas por la plutocracia católica y militar que ha llenado la historia de fango y lodo.

Corresponde al análisis objetivo e imparcial, el

estudio de los aciertos y errores que las fuerzas en presencia, cosechamos y cometimos. No nos faltará valor para reconocer nuestros fallos en el caso de que los hubiere. Es posible que los anarcosindicalistas tengamos que reconocer esta verdad: que las revoluciones no se hacen a plazo fijo; pero las fuerzas liberales, republicanas y socialistas tendrán que reconocer también que no se puede ni se debe aplazar la revolución cuando la pide a gritos todo un pueblo sediento de justicia y libertad. El hambre no se mitiga con leyes. Las grandes transformaciones no se llevan a cabo con tibias reformas. No se cambia un régimen para dejar en pie sus viejas instituciones. Ciertamente es que todo no se consigue en pocos años. Mas cuando se pierde la ocasión de dismantelar las posiciones del enemigo común de todos; cuando no se lucha con decisión y energía, el enemigo se reorganiza y pasa a la reconquista de sus posiciones perdidas. Tal es la experiencia que nos ofrecen los hechos. Y la ocasiones, «las pintan calvas». Quiérase o no, teníamos razón al decir: «La tierra pertenece al que la trabaja», «el municipio debe administrarse a sí mismo», «el latifundio debe desaparecer», «la revolución industrial y social no admite demora».

Si el oro, que por culpa de los cainitas que usurpan el poder, gastamos en la guerra civil, se hubiese dedicado a repoblar España, canalizando las aguas que se pierden en el mar; construyendo caminos de hierro, carreteras, pantanos; haciendo una revolución constructiva, que hubiera liberado al campesino y al obrero de la industria de los jornales de hambre y del entumecimiento más espantoso, ¡qué revolución más hermosa, húmeda y fecunda estarían gozando todos los españoles! No nos mueve el afán de crítica. Los males de España no se superan criticando, sino trabajando con alto desinterés, noblemente.

La C.N.T. no solamente luchó como el que más

por instaurar la República. La defendió con el líquido de su propia sangre, manando a borbotones, en las calles y los campos de España. Si mil veces se presentara esa ocasión, siempre ocuparíamos nuestro puesto de honor. Estamos con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Para lo bueno y para lo malo. El sacrificio nos curte, la prueba nos fortalece, la lucha nos hace fuertes. Se trata de que nos preparemos para hacer la España del mañana inmediato que queremos levantar. El Franco-falangismo tiene los meses contados. Es un accidente vergonzoso que hemos de vencer. Una vez desaparecido el régimen de Caín, hay que reemprender la nueva caminata por derroteros seguros y firmes. Abel no debe ser proscrito, condenado a muerte, fusilado cuando amanece el alba. No hay que volver a las andadas. No se den más primas al agresor que mata, el usurpador que deshonra, a la plutocracia que envilece.

Las fuerzas sanas de la auténtica democracia; el movimiento obrero, independiente y libre; la juventud avanzada y revolucionaria, tienen la palabra. La C.N.T. no quiere imponer a nadie sus ideas; pero rechaza y rechazará con energía creciente la imposición despótica venga de donde viniere. Estamos con los humildes y los explotados. Lo mejor de España, lo más sano y valioso, es el pueblo. Ya es hora de que un pueblo como el nuestro encuentre la paz en la convivencia, el bienestar en el trabajo, y la libertad en el orden conciliador de todas las libertades creadas en la escuela del respeto y la tolerancia. Hay que hacer una España nueva, orientada por una revolución constructiva y generosa, para que lo defendido y creado por el pueblo no se pierda jamás. En la lucha paciente e inflexible contra las fuerzas del mal, todos tenemos un deber a cumplir: asegurar en un solo día, si es posible, lo que puede ser el resultado venturoso de los años y los siglos.

Nadie puede trabajar honestamente para uno mismo sin trabajar útilmente para todo el mundo.

TOLSTOI

LA CIENCIA, LA TECNICA y el trabajo responsable

por RAMON LIARTE

EL sindicalismo o es esencialmente libre, o no es sindicalismo. La lucha por la emancipación integral de la clase obrera; la escuela y el hogar de los trabajadores del músculo y el intelecto; cuanto afecta directamente a la dignidad y la cultura del mundo de la producción, tiene su raíz y su cúpula en la doctrina sindicalista libertaria. Nuestro sindicalismo representa una síntesis económico-moral; es el orden nuevo que va más lejos que el socialismo y que puede sustituir a éste con creces.

Dos fuerzas opuestas, sin conexión posible, se disputan la hegemonía del mundo: los explotados y los explotadores; la plutocracia fortificada en los estamentos del Estado, y el sindicalismo que resume las aspiraciones del pueblo productor. La plutocracia se ampara en la desigualdad creada por el lucro personal; el sindicalismo se apoya en la equidad, en la justicia natural y humana.

El sindicalismo es algo más que la lucha puramente material con su cortejo de aumento de salarios, mejoras parciales y conquistas transitorias que se ganan y se vuelven a perder en el continuo rodar de las contradicciones capitalistas y estatales; es una táctica revolucionaria, una estrategia social, orientada hacia la perfección y la bondad. El sindicalismo coloca al hombre en el centro mismo de su destino, proporcionándole los métodos de acción para administrar sus intereses en orden a conseguir un mundo mejor.

Manumitir al hombre que piensa, trabaja y produce; modelar el ser consciente y racional; extender por caminos libres y anchurosos las creaciones así individuales como colectivas para establecer la sociedad del bienestar; tales son los postulados éticos y morales del sindicalismo libertario. Movimiento del trabajo puesto en marcha hacia la plenitud de la justicia y el triunfo del Derecho, esto y no otra cosa es el verdadero sindicalismo.

EL PROGRESO TECNICO-CIENTIFICO

RECONOCEMOS y saludamos los progresos conquistados por la técnica y la ciencia. La revolución científico-técnica no tiene vallas; desborda todos los diques que se oponen a su evolución. Es innegable que la técnica ha operado una revolución gigantesca, cuyas repercusiones debemos analizar para percatarnos de sus alcances y proyecciones. El hombre productor debe sentirse dueño absoluto de los útiles de trabajo; pero importa señalar que, sin una organización metódica,

disciplinada, de la producción y el consumo, no hay orden posible ni duradero. Hay que oponerse al caos capitalista creando un equilibrio general que supere los desajustes del pasado. No hay más que una solución reparadora: acabar con la diferencia de clases, estableciendo el concierto sindicalista por doquier. Por ser de esencia libertaria, el sindicalismo es opuesto a toda forma de dictadura. El seguro que, en sus primeros pasos, tendrá que recurrir a la fuerza para poner fin a la violencia de los intereses reaccionarios y conservadores que no se darán por vencidos. Ciertamente que no nos oponemos a la dictadura, mas no podemos admitir que la imposición de los menos pretenda dominar a los más. En la colmena obrera no debe haber plaza para los parásitos. El político de profesión será suplantado por el técnico competente. En una organización sanamente administrada, huelga toda acción parlamentaria. El auténtico parlamento es el de los trabajadores representantes de sus respectivas Federaciones de Industria, elegidos federativamente. El trabajo no admite intermediarios porque no delega sus funciones a nadie. Se representa, por derecho natural, a sí mismo. Entramos en una era de grandes cambios y debemos estar preparados y dispuestos para hacer frente a las innovaciones que se avecina.

Desde la puesta en marcha de la máquina de vapor hasta nuestros días, la vieja civilización capitalista trata de salvar sus intereses haciendo concesiones oportunistas. Craso error. La revolución científica-técnica plantea un problema que

debe ser resuelto con audacia y decisión: la revolución del hombre organizado que marcha hacia una nueva era social. Conveniente será, pues, que no nos dejemos desbordar por el optimismo infantil, dando saltos en el vacío. No podemos hacer del sindicalismo un dogma infalible, ni elevar la máquina a la categoría de ídolo de hierro. Si el sindicalismo es la doctrina de la emancipación, como no hay duda, la ciencia debe ser la luz de la razón que guíe los pasos de la conciencia humana.

Se dice, con harta razón, que el maquinismo sirve para enriquecer a los grandes trusts, compañías y sociedades anónimas. Diremos más, y será decir poco: el maquinismo es, en la actualidad, un instrumento en poder del Estado. Pero esto no implica que deba estarlo permanentemente. El maquinismo dirigido por los capitalistas lanza a la miseria a una parte considerable y decisiva de la clase obrera. Este acontecimiento tiende a agravarse si no se ponen los remedios expeditivos para curar el mal que padecemos. Por otra parte, el artesanado se encuentra en una posición comprometida. El hombre mono-productor, excepto en algunas actividades de tipo puramente personal, está condenado a desaparecer. La máquina se impone por todas partes, ya que exige el trabajo en común. Ni la mente más preparada, ni el vidente de mayor intuición, podían vaticinar los alcances de esta revolución científica. Lo lamentable es que, en lo que afecta a la moral y al idealismo se relaciona, no se ha conseguido mucho. Acaso hayamos perdido parcelas fecundas por no habernos sabido adaptar, a su debido tiempo, al ritmo desenfrado de la técnica. A este tenor ocurre algo parecido que con la cirugía y la medicina natural; ésta no puede hacer milagros, mientras que aquélla hace prodigios.

PRIMERO EL HOMBRE, DESPUES LA MAQUINA

DE una y otra debemos servirnos para curar nuestros males y superar las desgracias físicas que nos torturan. En el terreno político se han obtenido conquistas que, aun siendo parciales, no podemos desestimar. Una democracia burguesa gobernada por hombres de izquierda, no será nunca nuestro ideal; pero de esto a decir que la democracia liberal es lo mismo que el totalitarismo de izquierda o de derecha, representa una falta de objetividad revolucionaria en el análisis del acontecer histórico. Lo que cabe decir, y hay que decirlo con propiedad, es que tenemos en pie una sociedad desajustada que no admite la verdadera justicia social, cuya fuerza de expansión corrosiva exige un nuevo replanteamiento de lo humano: la igualdad económica en la fraternidad social.

La invención de las máquinas, su instalación y puesta en marcha se debe al esfuerzo articulado de los obreros manuales e intelectuales. Luego deben ser explotados por éstos en beneficio de la sociedad. Ciencia sin conciencia no es verdadera ciencia. El hombre científico no puede estar desprovisto de una moral: debe ser el jardinero de

todas las cosechas nobles y justas. La ética y la ciencia deben marchar unidas, inseparables.

En el dominio de la navegación marítima y aérea, la revolución operada es maravillosa. La electricidad aplicada al trabajo va ensanchando su radio de acción. Su esfera es tan grande como el globo. La radio y la televisión destruyen fronteras, unifican a los hombres y siembran el intercambio de ideas. No hay distancias para el dolor ni para la emoción. En el mismo instante, el mundo puede ver, oír, captar el mismo hecho. Mayor conquista técnica no podía imaginarse; y, sin embargo, pertenece a millones de seres y pronto será propiedad de todos. No obstante, la humanidad no es más dichosa ni más feliz. Sin equidad, sin ternura, sin solidaridad sublime y bienhechora, no hay dicha posible. Un corazón hecho para amar, vale más que todas las máquinas puestas al servicio de la avaricia, la guerra y la injusticia. Se trata, pues, de humanizar la ciencia, de poner la técnica al lado de los desposeídos, de crear las bases de una convivencia de acuerdo con los postulados del sindicalismo revolucionario, que no es una doctrina abstracta, sino una forma de vida digna y posible a la vez.

Hay que fomentar el bien y acabar con el mal sin pérdida de tiempo. Los pueblos rezagados están acosados por el hambre. Más de dos tercios de los habitantes del planeta no están alimentados convenientemente. Pasan privaciones sin cuento. ¿Es esto especular, o hacer demagogia? La miseria y la falta de medios de higiene representan dos plagas que hacen mucho más daño que el cáncer y las enfermedades del corazón. Asia, Africa y los países sudamericanos viven, si vida puede llamarse, conociendo los zarpazos del hambre. Las llagas producidas en el cuerpo de esa humanidad abandonada, deben ser curadas. Hombres de ciencia que os pasáis las noches buscando remedios: ¡ayudadnos a reparar tanta injusticia! Hay un microbio capitalista que no deja vivir al hombre, y sólo cuando éste viva su verdadera vida, lo tendréis todo a vuestro lado. La plutocracia es incapaz de superar estos estragos. Por contra, los fomenta para que las pequeñas naciones no despierten, a fin de tenerlas sometidas y sitiadas. El sindicalismo está capacitado para establecer la sociedad del bienestar, poniendo la ciencia, la cultura y la riqueza a disposición del todo el género humano. El productor es el propietario de la herramienta de trabajo, del laboratorio y de la técnica, ya que todo le pertenece.

Quien crea, debe administrar.

Quien produce, debe distribuir.

Las fuerzas antieconómicas y antisociales están condenadas a desaparecer. La transformación del mundo es inevitable.

LA AUTOMACION AL SERVICIO DEL HOMBRE

¿QUE es la automatización? ¿Qué ventajas ofrece? Desde la máquina de coser movida por un motor, pasando por los aparatos automáticos, las máquinas sin obreros manejadas por un

técnico que apoya un botón y pone en marcha un inmenso taller, hasta la fábrica-robot, todo ese gran engranaje científico-técnico carente de alma pertenece a la automación. Se impone apoderarse de la ciencia y no soltarla más. La revolución de barricada no ha muerto todavía; pero la revolución científico-técnica es el arma que debe emplear la clase obrera para lograr sus objetivos y finalidades. No hay fuerza más poderosa que ésta, ni energía mayor para afincar nuestras aspiraciones en la entraña misma del trabajo. La máquina debe ser puesta al servicio del hombre. ¿Cómo apoderarse de esta potencia de primer orden?

Conquistando a los técnicos, intelectuales y hombres de ciencia para nuestra causa. Nada se gana fácilmente. Cuando el feudalismo dejó de existir, muchos años antes sus instituciones habían sido asaltadas por las fuerzas nuevas del capitalismo. El ejemplo puede servir de lección. No estableceremos el sindicalismo libertario mientras no demostremos que podemos organizar el trabajo con ventaja y utilidad para todos. No acabaremos con los explotadores mientras no patenticemos que la riqueza común puede ser administrada de una manera justa. Es la revolución de los hechos. Es la victoria en la prueba que sanciona. Hay que hacer la revolución científica como supo avizorar Pedro Kropotkin, diciendo al hombre: pon la ciencia a tu servicio para gozar en vez de sufrir, para vivir en vez de morir. Es indubitable que a medida que la técnica progresa, la producción humana disminuye. Se va, en partes insospechadas, a la eliminación del trabajo manual del hombre. Si no se hace una transformación a fondo, el obrero pronto no tendrá derecho ni a ganarse la vida trabajando. El maquinismo, puesto al servicio del lucro dirigido por los intereses creados, incuba la avaricia y propaga la miseria. Para poner fin a esta catástrofe, la automación debe ser orientada, dirigida, fomentada y administrada por los sindicatos obreros.

El hombre está hecho para vivir el pensamiento y llenar sus necesidades; aspira a gozar de la riqueza de una manera digna, sin conocer los latigazos de la humillación. El liberalismo económico, con su secuela de desigualdades, no puede ordenar la vida conforme a la justicia. Los regímenes totalitarios tampoco, puesto que el Estado se apodera de los bienes, entra a saco en la sociedad y le roba sus intereses y prerrogativas. Para poner fin a la injusticia histórica, el salario debe desaparecer. Estamos, pues, en pleno período de crisis, de mutaciones. Grandes cambios se presentan a la vista. La energía atómica desborda las fronteras. No conoce clases. La solución a los problemas que plantea la genética vegetal; el cultivo de la agricultura mediante el mejoramiento de la tierra trabajada en campo abierto, puede lograrse con relativa facilidad. La energía nuclear aplicada a la agricultura dará resultados insospechados. Lo que corresponde, pues, es controlar y administrar los centros de trabajo, para producir más con el mínimo de esfuerzo; y, sobre todo, preparar a los seres para una procreación feliz, no excesiva y ruinosa en todos los aspectos. En las etapas suce-

sivas de la evolución, el sindicalismo debe propender a mejorar el utillaje, perfeccionando la máquina-útil, y explotar la electricidad como fuerza de aplicaciones redentoras. Cada etapa de la civilización tiene su significado y deja marcadas sus huellas en el tiempo y el espacio. El industrialismo acabó con el feudalismo. Es la nuestra la época del sindicalismo y hacia la organización del trabajo mancomún debemos dirigirnos. No quedemos estacionados. El tren del progreso marcha y hay que montar en él.

LO HUMANO INSEPARABLE DE LA NATURALEZA BIENHECHORA.

SE impone ir hacia la abolición de la propiedad privada, que no sólo es un robo, como señaló Proudhon, sino una ofensa sin nombre. Los medios colectivos de producción se ofrecen al humano vivir como la única garantía para establecer la sociedad por nosotros anhelada. La naturaleza pone todas sus riquezas a disposición del hombre para atenuar las penas y mitigar los dolores. No conoce razas; no tiene en cuenta el color de la piel. Somos los hombres quienes hacemos mal uso de cuanto la naturaleza nos ofrece. No fue inventada la máquina para esclavizar al hombre, sino para emanciparlo de la esclavitud. Pongamos la máquina al servicio del trabajo; ella será redentora y no opresora. Todo es cuestión de sabernos enfrentar con los acontecimientos, viendo los objetivos que debemos alcanzar y no aletargarnos cruzándonos de brazos. Planear la nueva economía de orientación sindicalista libertaria de acuerdo con la evolución técnico-científica de nuestro tiempo; pensar y actuar, para obtener resultados acordes con la moral y la generosidad.

Lo doloroso de esta situación desbordante es que el maquinismo parece segar las plantas de la cultura y taponar las fuentes de la inteligencia libertaria. El hombre se consagra por entero a inventar, olvidando un factor importante: se separa de la naturaleza en vez de acercarse a ella. La cultura y los valores espirituales no deben ser arrinconados para presentar en primera línea la fachada de un pragmatismo grosero y sin sentido. El imperio de la máquinas no debe anular el reinado de la sabiduría y la bondad. Un sentimiento noble tiene más valor que una polea; una idea altruista corre más que una rueda. Se trata de que la rueda y la idea marchen al unísono.

Estamos en una etapa de la historia donde todo se ha comercializado. Es el apogeo de la manufactura. Hasta el deporte ha perdido aquella emulación natural que le daba vigor y belleza; se ha transformado en un negocio de piernas y brazos, de voluntades y cerebros. Es la religión del Stadium el embrutecimiento teleguiado de las multitudes. El cine, escuela de educación y centro de aprendizaje popular, es una fábrica de delirios marchitados en ciernes. La estética y el arte ceden ante la pasión y la bestialidad. En vez de presentar programas educativos, instructivos y bellos, la radio y la televisión nos aniquilan con sus pasa-

tiempos y frivolidades. Se busca que el hombre no piense, que la mente se atrofie. Quiere hacerse del hombre un robot de la inteligencia. Para ello se ponen barreras a la evolución. De ahí que el mundo de la automación actual sea el mundo de la aventura sin encantos sociales, en cuya escena, la moral cuenta con escasos actores. Pero es este un pasaje negro del progreso; un túnel que pronto hemos de atravesar.

A la revolución de los intereses particulares, que es la contrarrevolución histórica, cabe oponer la revolución de los intereses colectivos, base de la nueva historia.

La clase obrera debe planificar, obrando. La revolución se hace por caminos directos, o se pierde y desnaturaliza, se corrompe. Se trata de crear una base económica fuerte que anule a la burguesía y arrolle al capitalismo. Frente a la moneda, el producto; frente a la usura, la responsabilidad de cogestión entre iguales. Los sindicatos obreros tienen la palanca en sus manos para remover los cimientos donde se apoya el actual estado de cosas, creando, a su vez, una nueva sociedad, que, en sus albores, no será todo lo libre y perfecta que nosotros deseamos; pero que hará posible la justicia en la distribución y administración de los bienes. Nosotros debemos ocupar nuestros puestos de combate. El revolucionario debe prepararse, especializarse más y más, hasta ser un técnico de valía, un hombre de ciencia. Tal es su deber en esta hora de prueba.

Hay que estar preparados y dispuestos. La lucha por las pequeñas mejoras económicas, siendo importante, no debe hacernos olvidar nuestro auténtico cometido social: la transformación completa y directa de la sociedad por los que directamente están llamados a forjar su propio destino.

Si una asamblea abierta hemos de ofrecer al militante estudioso, al sindicalista libertario, es la que tiende a presentar soluciones para los asuntos del trabajo. La querella personalista tiene mucho de herencia política al mal uso, y poco de querencia social como el sindicalismo representa. Cuando a la asamblea va la pasión, se aparta la meditación. Cuando se hagan asambleas constructivas en los sindicatos, el técnico irá a ellas a enseñar y a capacitarse, porque serán escuelas de bien decir y de cuerdo obrar. Ese y no otro, es el hogar de la clase obrera, la escuela de la ciudadanía libre; el centro motor de la revolución social. Sabido es que, en el arte como en la ciencia, en la creación y la revolución, cuando no se avanza, se retrocede. No demos más pasos hacia atrás. El mundo pertenece a los adelantados de la idea. ¿Queremos hacer sindicalismo revolucionario? Hagamos sindicatos libres e independientes. ¿Queremos hacer la revolución social? Sigamos el curso de la revolución científica para darle un contenido moral y humano. Todo menos aislarse del universo que nos rodea y del cual formamos parte. El sindicalista libertario se caracteriza por tres cosas principales: porque quiere ser mejor que el amo de la sociedad presente; porque no practica la imposición y hace posible la convivencia; porque hace la revolución de todos los días en el yunque del trabajo, en el sindicato ausente de dogmas, en la doctrina misma que lleva dentro, dándole nuevas aportaciones de valor. La política pasa y la ciencia queda; y con la ciencia, el sindicalismo. Seamos cada día menos hombres de fracción y más militantes de sindicato. Sólo así seremos capaces de iniciar las nuevas creaciones que exige el progreso creciente de la especie humana.

El hombre normal no es el común de los mortales, sino el hombre llegado a la madurez espiritual, ideal hacia el cual cada uno debe tender.

SNOECK

CORREO DE PARIS

EL HOMBRE DE LA VOZ DE BRONCE

por JULIO JUST

EL hombre que tenía esa voz que impresionaba a cuantos le oían era Henry Torres, abogado, parlamentario, escritor, memorialista, dramaturgo, político, periodista, que acaba de morir en París en una casa sin fisonomía, cerca de la Puerta de Clignancourt, no lejos de donde está el «mercado de las pulgas», más vasto pero con mucho menos color que el rastro de Madrid al que dedicó Ramón Gómez de la Serna un libro inolvidable. El Rastro, en medio del Madrid castizo, el de las crónicas de Mesonero Romanos y de los sainetes de Arniches, con sus viejas posadas y arrieros, con sus tabernas y sus ordinarios tiene más vida, más encanto, más atracción que el Mercado de las Pulgas de París, que por las noches, y aun de día, cuando llueve a cántaros y sopla el viento, ululando en las aristas de las casas oscuras, tiene un aire siniestro. Pues en ese ambiente, lejos de los teatros, del Palacio de Justicia, de las calles con lujosos comercios, de los cafés elegantes o de los cafés literarios, en donde pasó buena parte de su vida tumultuosa, vino a morir Henry Torres que era un hombre refinado, amigo de la buena música, de los libros, del teatro de ayer, el clásico, el de Racine y el de Corneille, empapado de cosas de España, y del teatro de vanguardia, que escandaliza a los pazguatos; que amaba a Pissarro y a Manet, como amaba a Picasso y frecuentaba a Rodin, el Rodin revolucionario de «Los burgueses de Calais» y el del «Pensador», mucho más que el de Balzac. Antes de ir a vivir en ese barrio de la Puerta de Clignancourt desde la que se ven las humaredas de las fábricas de cemento, de productos químicos, de armaduras de hierro de la llanura de Saint-Denis, dominada por unos antiguos fuertes, restos de las antiguas murallas de París en donde viven miserablemente miles de españoles de los que ha empujado a la emigración el régimen franquista, y de portugueses que suelen llegar a Francia clandestinamente en vagones de ganado, precintados, cuya extrema miseria clama al cielo contra Salazar, hombre frío y cruel, como Franco; antes de ir a vivir a ese barrio que hace anarquistas a los hombres más mansos, más pusilánimes, Henry Torres, el abogado famoso, el abogado de las

causas célebres, el de los ruidosos procesos de la Sala de lo Criminal, en que su voz poderosa con resonancias de bronce —alguien ha dicho que sonaba como el bordón de Notre-Dame—, hacía temblar los cristales, Henry Torres vivió varios años. al retirarse del Colegio de Abogados, en un famoso hotel, cerca del Parque de Monceau, uno de los más bellos de París. Allí recibía y allí trabajaba colaborando en varios periódicos de arte, de sátira política, de crítica literaria. Muchas veces, abogados jóvenes que habían oído hablar de él con admiración acudían a consultarle. Los que habían colaborado con él no lo olvidaban. Por cierto que hablándome un día de uno de ellos que se habían metido en política y defendía con violencia frenética las posiciones más reaccionarias, me dijo: «Si alguna vez me he de vestir de nuevo la toga será para defender a ese hombre a pesar de que estoy a mil leguas de sus ideas; pero no puedo olvidar que ha sido colaborador mío y me inspira lástima, pues está malbaratando el talento que tiene.»

Henry Torres que era de origen sefardita, oriundo de Portugal, nacido en un pueblo del Eure, Normandía, era popular y querido por los emigrados políticos españoles a muchos de los cuales defendió. El primer acto en favor de ellos que tuvo gran resonancia, fue el de su defensa del coronel don Francisco Macià, jefe del Estat Català que en noviembre de 1926 intentaba penetrar en España con un grupo de adictos entre los que figuraban Martí Villanova, José Rovira, Ventura Gassol, un buen poeta, cantor de las glorias catalanas, Jaime Miravittles y un grupo de italianos a cuyo frente estaba Riccieti Garibaldi, descendiente del hombre de los mil de Marsala, que por cierto traicionó a los expedicionarios. Macià se proponía levantar el pueblo catalán contra la dictadura del general Primo de Rivera y proclamar la República Catalana. Henry Torres hizo una defensa elocuentísima y valiente que fue una revelación en el Palacio de Justicia de París. Los patriotas catalanes no la olvidaron nunca y sobre todo Macià que al proclamarse la República Española y ser él elegido Presidente de la Generalitat, una de las primeras cosas que hizo fue invitar a Torres a Barcelona, recibéndole en el Palacio

de la Generalitat, con su patio del siglo XV, su bellísima escalera, su capilla de San Jorge y sus salones colgados de tapices de Flandes y su maravilloso patio de los Naranjos. Torres se complacía en evocar esos esplendores, la gracia y armonía de la Barcelona gótica, con su catedral y su iglesia de Santa María del Mar, y sobre todo el «aire caballeresco de don Francisco Macià, su hermosa cabeza digna de Donatello, sus grandes ojos negros con frecuencia pensativos...». Nadie ha dicho sobre Macià, el don Quijote catalán, cosas más penetrantes, más fervorosas. La imagen de él se había quedado grabada para siempre en su espíritu. Y al lado de este gran señor digno de figurar en las páginas de oro que Cervantes dedica en su Don Quijote a Barcelona, «archivo de cortesías», están los anarquistas. Los anarquistas a los que Henry Torres quería y admiraba, Torres, del que había dicho Anatole France «que no se podía concebir una causa justa sin que a ella estuviera asociado el gran abogado», que se sentía satisfecho, orgulloso de haber defendido y hacer absolver a Germaine Berton, una criatura en la que parecía haber encarnado Luisa Michel y que mató a Marius Plateau, uno de los más entusiastas animadores de «L'Action Française», como defendió e hizo absolver a Henri Guillebeau, amigo íntimo de Trotsky y de Lenin, estaba sobre todo orgulloso de haber defendido a docenas de anarquistas españoles; los italianos y los franceses han ido desapareciendo detrás de Malatesta, de Grave, de Eliseo Reclús, de Sebastián Faure. Los anarquistas

españoles eran para Henry Torres, que muchas veces los sentó a su mesa, oyéndoles hablar de sus años de cárcel, de sus persecuciones, de sus valientes y a las veces tiernas compañeras, de sus ensueños de reformadores sociales, de su quijotesca empresa de redimir esclavos del capital y hacer triunfar la justicia en el mundo; los anarquistas españoles eran para Henry Torres unos místicos del ideal anarquista, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz lo eran de la Ciudad de Dios. En el fondo todo anarquista español considera a Jesús, sobre todo el del lago de Tiberiades, el amigo de los humildes y perseguidos, como un compañero que sabe decir cosas grandes y bellas en un lenguaje sencillo salpicado de imágenes que tienen el mágico poder de explicar lo profundo y lo inefable. No es de extrañar pues que cuando se llevaron los restos de Henry Torres al Colombario del Cementerio del Père Lachaise, el más antiguo de París, donde están entre otras las tumbas de Musset, de Rossini, de Abelardo y Eloisa, para incinerarlos, hubiera un grupo de anarquistas españoles, que asistían gravemente a la austera ceremonia y siguieran después en recogido silencio al cortejo de amigos y admiradores a los sepultureros que llevaban la urna con las cenizas del que fue en el foro y en el Parlamento la viva encarnación de la elocuencia antigua que desde el fondo de los siglos, viniendo de Oriente y pasando por Grecia y Roma ha dejado en el alma de los hombres un rastro de luz.

París 4 de marzo de 1966.

PAGINA DEL
MAESTRO

Palabras proféticas

LEYENDO hace unos meses «El Adolescente», de Dostoyevski —vuestro gran Dostoyevski— encontré algunas páginas, en mi opinión proféticas, que me afirman en la idea que siempre tuve del alma rusa. Un personaje de esta novela, Versilov —cito y resumo de memoria, porque mis libros han quedado en Madrid—, dice, conversando con su hijo, que llegará un día en que los hombres vivan sin Dios. Y cuando se haya agotado esa gran fuente de energía que les prestaba calor y nutría sus almas, los hombres se sentirán solitarios y huérfanos. Pero añade —y esto es a mi juicio lo específicamente ruso— que él no ha podido nunca imaginar a los hombres como seres ingratos y embrutecidos. Los hombres entonces se abrazarán más estrecha y amorosamente que nunca, se darán la mano con emoción insólita, comprendiendo que, en lo sucesivo, serán ya los unos para los otros. La idea y el sentimiento de la inmortalidad serán suplidos por el sentido fraterno del amor. Claramente se ve cómo Dostoyevski es

un alma tan impregnada de cristianismo, que ni en los días de más orfandad y más negro ateísmo que él imagina puede concebir la ausencia del sentimiento específicamente cristiano. Y expresamente lo dice Versilov, al fin de su discurso, en estas o parecidas palabras: Entre los hombres huérfanos y solitarios, veo al Cristo tendiéndoles los brazos y gritándoles: ¿Cómo habéis podido olvidarme?

Como muestra de cristianismo, el alma rusa, que ha sabido captar lo específicamente cristiano —el sentido fraterno del amor, emancipado de los vínculos de la sangre—, encontrará un eco profundo en el alma española, no en la calderoniana, barroca y eclesiástica, sino en la cervantina, la de nuestro generoso hidalgo Don Quijote, que es, a mi juicio, la genuinamente popular, nada católica, en el sentido sectario de la palabra, sino humana y universalmente cristiana.

ANTONIO MACHADO

El hambre y sus consecuencias sociales

► por Severino CAMPOS

UNA amplia producción de literatura, abordando los problemas económicos de nuestro tiempo, se está ofreciendo a las personas con vocación a esas disciplinas. A través de ella, a excepción de los motivos que en sí lleva la cibernética, lo fundamental es de muy poca variación medular. Es notorio el temor a abandonar los ángulos de la llamada economía capitalista, por lo que no se consignan soluciones fundamentalmente humanas.

No obstante el tiempo transcurrido, con rarisimas excepciones, desde Ricardo, Adam Smith, Stuart Mill y otros, a las teorías modernas que abordan los mismos sistemas, nada ha habido que altere los fundamentos en que históricamente se rige el capitalismo. Incluso los llamados regímenes socialistas, que en algún tiempo significaron una esperanza redentora, adolecen de defectos similares a los sistemas que suplantaron.

«Al comienzo —habla B. Masseyeff, «El hambre», página 47— los esclavos no eran maltratados y tenían un mínimo de seguridad. Luego las cosas cambiaron; el esclavo fue considerado una simple bestia. El comportamiento de los amos fue dictado únicamente por consideraciones económicas. De la antigüedad a los modernos campos de concentración, pasando por los siervos de la Edad Media y las plantaciones de las Américas, esta explotación sistemática del hombre por el hombre casi no ha cambiado su principio: en el fondo, entraña invariablemente el hambre del esclavo.»

Si no con las mismas palabras, con otras de similar alcance llegamos a idéntica conclusión. La seguridad del ser humano, cuya primera condición es la garantía de la alimentación y el trabajo, no ha sido resuelta por los sistemas de control capitalista y estatal. En este sector de la vida, si bien atenuados por la presión de las creaciones científicas, los sistemas que tienen su base en los fundamentos del capital y del Estado giran alrededor de los vicios que ostentaban hacia siglos.

No son las modernas teorías económicas la solución de lo que la Humanidad necesita resolver a la mayor brevedad. Ante ellas, hoy, como hace un siglo, se yerguen con razón indiscutible Henry George, Proudhon, Estrada, Costa, Kropotkin y alguno más. En la vida social de nuestra época se agitan situaciones que reclaman un cambio presidido por prácticas de equidad; es decir, por una tendencia igualitaria que tenga en cuenta todo lo substancial a la vida del hombre. Es un clamor donde van unidas las voces de la salud, de la cultura y de la paz universal. Y si éstas no son aten-

didas, el impacto de las prácticas que se vienen efectuando no conducirá a otros resultados que a los que tanto se lamentan.

Lo que falla para lograr un equilibrio económico que satisfaga las necesidades humanas no son los recursos naturales; tampoco el grado de la técnica que puede aplicarse a la utilidad social. Todos los defectos que hacen trágica la situación giran alrededor de los sistemas de distribución del producto que determina el trabajo; si esto se modificara fundamentalmente, automáticamente tendrían solución muchos problemas que hoy torturan a una gran parte de la población.

La deficiencia de alimentos es fomento de enfermedades que, en algunas zonas demográficas del mundo ha adquirido ofensiva aterradora. En el sector cultural, el mismo motivo limita el desarrollo de las facultades mentales en un ochenta por ciento de la población. «Una de las principales características de los países subdesarrollados —otra vez habla Masseyeff— es el débil rendimiento de su agricultura. Aun cuando la totalidad de la energía sea empleada en la producción de víveres, los cultivadores no siempre llegan a satisfacer sus necesidades fisiológicas.»

Este testimonio lo hemos comprobado en cuatro países de América. ¿Dónde radican las causas de esas deficiencias? Por más que meditemos siempre nos hallamos frente al sistema de distribución. Está talmente caracterizado de inhumanismo, que su propia práctica, precepto consustancial al capitalismo y al Estado, inhabilita al hombre por donde más y mejor podría impulsar la prosperidad social. Cuando un individuo no está suficientemente nutrido, cuando la desnutrición ya es crónica a través de generaciones, ¿qué puede hacer? ¿En qué puede pensar? En el supuesto que la naturaleza le ofreciera bastantes recursos, artículos de fácil adquisición, si se carece de fuerza física para el trabajo indispensable, nada, o bien poca cosa, puede resolverse.

Tal vez haya quien aprecie estas consideraciones como retablo de diferencias ideológicas con lo generalmente estatuido. Algo hay de eso, pero lo fundamental está al margen de las rivalidades políticas. Meditamos, y emitimos consideraciones, teniendo en cuenta las necesidades agobiantes del hombre. Nuestra oposición a los sistemas vigentes no es caprichosa. Hay motivos de fundamento humanitario, y de lógica social, más allá de todo credo político y religioso, que nos inducen a la protesta y nos sugieren normas de solución.

La indiferencia no puede prevalecer ante condi-

ciones que mantienen a la Humanidad en situación desesperante. Es muy difícil, para los hombres de sensibilidad imposible, permanecer en silencio e inactivos, cuando en la población mundial existen grandes focos que claman angustiosos por la solución del pan. Todavía más cuando, en contraste a esa realidad, hay zonas privilegiadas, monopolistas de vidas y haciendas, que despilfarran lo que podría ser un eficaz tributo a la paz y bienestar de los pueblos.

Cuando no hay constancia de una sensibilidad que capte y haga suyo el dolor ajeno, el rigor de la tragedia que actualmente viven algunos pueblos pasa desapercibido. Tras el armisticio de la pasada guerra mundial, Alemania fue uno de los países donde el hambre causó mayores estragos. Hasta tal extremo llegó la desesperación, que una comisión de médicos no tuvo por menos que dirigirse al mundo en los términos siguientes:

«El cuerpo médico alemán invoca la conciencia universal y pide que no se tolere más tiempo la alarmante declinación de la salud del pueblo alemán. La mayoría de este pueblo vive hoy con un tipo de régimen que sólo contiene aproximadamente un tercio del mínimo alimentario prescrito por los técnicos internacionales... El estado reinante de hiponutrición crónica ha provocado un sensible descenso de capacidad física, y no sólo ha disminuido la eficiencia del pueblo germánico; también ha afectado gravemente la capacidad intelectual y su estructura social.»

He ahí, más concretamente, que lo hicimos anteriormente, los efectos del hambre en el individuo. Con todo y ser un testimonio que abona nuestra tesis, no significa la condición más grave lo que ponen en evidencia los médicos germanos. Claro está que acababan de soportar una guerra que duró casi cinco años. Por esa misma circunstancia, el problema pudo resultar más complejo, ya que a la falta de alimentos iban unidos otros motivos que alteraban al individuo.

Sin embargo, para apreciar en su justo valor la influencia de la desnutrición, en todas las personas que la sufren, hay que tener en cuenta la constitución física de los afectados. Si en el pueblo alemán llegaron las cosas al extremo que consignan sus representantes médicos, ¿en qué estado quedarían otros pueblos europeos y algunos asiáticos? Vale la pena no perder de vista, para los efectos de una conclusión convincente sobre el particular, que las condiciones alarmantes de Alemania eran producto de un lapso relativamente corto, en relación con lo que soportan otros países del mundo.

¿Qué repercusión puede tener ese mismo fenómeno, por ejemplo en la India, donde la falta de alimentos es crónica y las enfermedades muchas y permanentes? El impacto que primero aparece en la escena social lo vemos en la infancia. Mientras en Gran Bretaña muere uno de cada trescientos veintidós de los recién nacidos, en la India muere uno de cada once. Si bien la desnutrición tiene su repercusión más honda e inmediata en los niños, embarazadas y lactantes, no deja de ser

un signo tormentoso y fatal en las demás edades, como iremos comprobando.

Si en unas edades más que en otras, un régimen alimenticio insuficiente y desequilibrado menoscabo a la salud de todas las personas. Especialmente la juventud, en el factor que nos ocupa tiene el adversario más inmisericorde para la consecución de buenos fines particulares y sociales. Si los efectos sobre la personalidad física tiene su importancia, como consecuencia del hambre, ahí van implícitas inclinaciones éticas, y atraso menatl, que al individuo dejan muy debajo de lo que podría ser mediante atenciones normales.

El problema de la India, que antes hemos aludido, es de una crueldad que no tiene nombre. Solamente la tuberculosis afecta a 6.000.000 de personas; de esta enfermedad mueren anualmente 1.200.000 de ellas. (Véase «Science Digest», abril de 1964.) Esta es una monstruosidad que debería avergonzar a los que rigen los destino del mundo actual. De esas condiciones, terriblemente lastimosas, se infiere un problema social de dimensión incalculable. Una inspección hecha a través del país ha llegado a la conclusión, que en miles de poblaciones, motivado por el hambre y las enfermedades, el 87 por ciento de los habitantes permanecen sin ninguna actividad productiva.

Este estado de cosas tiene aspectos muy deplorables que socialmente afectan a toda la Humanidad. Si no con la agudeza que la miseria se pronuncia en la población hindú, condiciones muy similares prevalecen en Africa, la misma Asia y América. Todo esto se debe, donde quiera que se da, a las condiciones impuestas por la civilización capitalista. En este sentido, la trayectoria de las potencias europeas ha sido nefasta; y la que está labrando actualmente el capitalismo yanqui no lo es menos; el hombre y la desolación es la estela que brilla por todas partes.

La actitud subversiva de los pueblos asiáticos tiene su explicación en la miseria y en la esclavitud; el rol de la cultura es insignificante. Son revoluciones que podrán resolver el problema de independencia nacional, pero dejarán sin solución el de manumisión humana. Existe una gran diferencia entre una y otra conclusión. El hambre no desaparecerá del área nacional donde prevalecen los líderes de turno; éstos actúan con una mentalidad no superior a los que han desplazado: son la nueva casta, afanosa de bienes, de dinero y de servilismo.

Hay que indicar y postular otras soluciones. La India tiene un territorio de 3.288.880 kilómetros cuadrados; su población es de 403.000.000 de habitantes. Esa densidad humana lleva implícitos todos los defectos de las tradiciones estatales y capitalistas, y de las estúpidas creencias religiosas que tienen por aliados. La riqueza de fervor y obediencia, dedicados a los dioses y al Moloc estatal, ha hecho infecunda su inteligencia y el espíritu de iniciativa; el suplicio en que viven no les dejan ver la imagen de la auténtica y sublime emancipación.

Frente a todos esos problemas de miseria, donde se desenvuelven en comandita lo físico, moral e intelectual, la O.N.U. fracasará estrepitosamente.

EL UNICO ESFUERZO UTIL

por HAN RYNER

Si, en el presente, individualismo fraternal y comunismo libre parecen ser adversarios, es tal cosa una de las innumerables condenas del presente. Individualismo y comunismo son los dos polos de la verdad humana, nuestras necesidades más profundas. Mientras no podamos apaciguarlas, unir las, hacer de esos dos enemigos aparentes dos colaboradores felices, el hombre seguirá siendo cosa incompleta, malhumorada e impotente.

Individualismo: verdad esencial de mi espíritu. Comunismo: verdad esencial de mi corazón y de mis manos. Yo sólo puedo pensar por mí mismo. Mi corazón busca el calor de otros corazones. Celosas y solitarias en la obra de arte, mis manos, desde que se trata de tareas para la vida material, están deseosas por ayudar y por recibir ayuda.

Y no he dicho nada más que un solo aspecto. El equilibrio está aún más mezclado y mejor anudado.

En la misma vida intelectual, el individualismo se completa con el comunismo. Tal pensamiento que yo protejo contra las infiltraciones y las banalizaciones, la deseo hacer carne y verbo, hacerlo sensible e inteligible, darlo como el árbol da su fruto.

Todo comunismo razonable se equilibra con individualismo. Si no se devuelve algún amor por mi amor, huyo. Si de los productos del trabajo co-

mún, no se me da mi legítima parte, protesto mediante reclamaciones, por la rebeldía, o por un sistema desdeñoso o por la abstención, o por el cálculo o por la pereza.

Existen asociaciones que son inevitables; hay otras que son deseables. El individualista no las rechaza sin examen. A todas, les pide, que sean naturales, iguales y abiertas. Y quiere que sirvan a todos sus miembros en vez de servir solamente a algunos de ellos. Y no quiere que, útiles por dentro, sean saqueadoras y paralizadoras por afuera.

El sindicalismo reformista de ahora, es cosa artificial, desigual. Contiene sus jefes y sus seguidores, sus aprovechadores y sus engañados. Comprendo muy bien al individualista que de él se separa tapándose las narices, como se aleja de las iglesias. Aquí como allí, la política todo lo invade; allí como aquí, se explotan los sentimientos fraternales. Y encuentro poco interesante que el explotador se llame cura, secretario, pastor religioso o delegado sindical.

También comprendo al individualista que en el sindicato, ama con inquietud y esperanza un germen y una promesa. Envenenado hoy por el ambiente, tal vez tenga la robustez de rechazar las toxinas y luego cooperar al saneamiento del medio. Tal vez sea el rudimento y el compás de espera de la organización que permitirá vivir al otro día de la Revolución.

Lo importante es que, en el sindicato o fuera del sindicato, yo sea yo mismo. Lo importante es no olvidar que una organización es natural si los delegados obedecen a una voluntad general aparente. Lo importante, es saber que una sociedad natural no es posible más que entre individuos, entre únicos, entre hombres lo bastante subjetivistas para que ninguno quiera el sacrificio de los demás.

En el sindicato o fuera del sindicato, lo importante es el no dejar adormecer el individuo que hay en mí y, cuando la ocasión se presenta, despertar a otros individuos en mi alrededor. Vendrá la salvación cuando las conciencias serán numerosas, armonizando razón y corazón. Equilibrio que no permitirá ser engañado ni dejarse engañar.

Esta labor lenta es la sola que dará, en su tiempo, resultados duraderos. Lo demás no es más que apariencia y engaño.

El hambre y sus consecuencias sociales

Los paliativos no son remedios; a la postre, con los procedimientos que se aplican, el mal resurge, adquiere vigor y se abre camino. ¿El factor alimentación? Muy importante. De primer orden. Pero dados los extremos a que se ha llegado, hay que pensar en el hombre, vigorizarlo, despejar su inteligencia y purificar sus sentimientos, hacerlo apto para producir y para la vida social. Si no median esos factores, lo demás sólo contribuye a prolongar el mal.

Cuando se habla del combate contra la miseria, especialmente contra la desnutrición, se alude como casi providencial la producción agrícola. Con los elementos que hoy se disponen, dedicados a esa solución, na hay imposible; ahí tenéis a Israel como testimonio. Sin embargo, el Lejano Oriente, mientras su proporción con relación a la población mundial es del 44 por 100, la producción agrícola sólo alcanza el 18. ¿Cuál es la solución?

LITERATURA VIVA ▼

por EUGEN RELGIS

LA vida humana no es una novela, un drama o una elegía. Tan excesiva, tan abrumadora ha llegado a ser la «literatura», especialmente en los países culturales, que un hombre común y hasta un intelectual cree que se puede captar, mediante los libros, una visión verídica de las realidades, una expresión inmediata de las mismas. La mayoría de los autores abarcan y limitan la vida en ciertos marcos convencionales, desarrollando la acción según ciertas reglas, ciertos principios éticos o normas estéticas que deben constituir la unidad y la belleza de la obra de arte. Y muchos, muchísimos lectores perseverantes, insaciables como maníacos, se apartan así de la vida real, contemplándola a través de los anteojos coloreados de los sentimientos generosos o mórbidos, de los lentes que aumentan o deforman los vicios siempre combatidos y las virtudes consagradas por la moral pública. Tantos literatos, y de los más célebres, han llegado a «conocer» la vida humana más bien por los libros y aun solamente por los libros. Demasiadas son las obras literarias, y de las más preciadas, plasmadas con el material de otras obras literarias; hasta la naturaleza está descrita según otras descripciones de la naturaleza; y el hombre está llevado de un suceso a otro, cual un muñeco atado a los hilos del titiritero que sabe de antemano qué va a hacer su «héroe», qué debe sentir y pensar, y dónde tiene que triunfar o morir en su derrota.

Esta literatura florece más en tiempos de abundancia ociosa, de cómoda molicie, en que el bienestar de la civilización se extiende como un velo multicolor sobre los arrabales y las fábricas en donde se agotan las muchedumbres, estafadas en su trabajo y mantenidas en esa esclavitud de la que brotan las riquezas, como las flores hermosas, pero enfermizas que arraigan en podredumbres. La primera guerra europea, y luego la segunda guerra mundial, con sus trastornos catastróficos, con sus tragedias colectivas y con la depreciación de todos los valores artificiales, han desparramado también las montañas de maculatura literaria que se levantaban, obsesionantes, en los ámbitos de la cultura occidental. La vida se ha librado de las normas ficticias del libro. El lector se ha encontrado, sin quererlo, ante la vida misma, y tuvo que defenderse y resistir con sus propias fuerzas. Los buenos espíritus literarios se mostraron en toda su inaptitud: ya no amparaban a los virtuosos y no castigaban a los malvados. Las leyes de la vida son distintas a las leyes de la moral literaria.

Ante esta evidencia, muchos rechazaron el libro, para vivir, eso es, para luchar en el entrevero social, penetrar en la humanidad multitudinaria que

los rodea y en la naturaleza siempre exigente pero fructífera. Del hecho de que después de la guerra se lee menos que antes (y no sólo por la carestía de los libros y por la competencia del cine y la radio) algunos se apresuraron a concluir: ¡Epoca anticultural!

La literatura viva —analítica o descriptiva, psicológica o social— tiene la misma característica esencial: la veracidad, y la misma ley: el dinamismo. ¡La verdad y el movimiento! Palabras surgidas de lo hondo, de todos los empeños y afanes; gestos determinados por las necesidades, acciones impuestas en las luchas sociales. Ya no es el cómodo ordenamiento de cierto tema o «argumento», con efectos calculados y desenlace previsto. Es más bien una sucesión de episodios, frecuentemente en dominios contradictorios (como es la vida), acontecimientos imprevisibles, hechos espontáneos (igual que los de la vida), expresados en frases breves o peroraciones que estallan de las tormentas del alma, o sentencias que se desprenden de la conciencia humana cual las manzanas maduras.

Por esta transposición febril, pero inalterada de las realidades —lo que no es mero «naturalismo», «verismo» o fotografía literaria— los tipos humanos aparecen en toda su evidencia, vivientes y a la vez representativos. Las figuras que sobrepasan a las multitudes medianas, se perfilan por solo algunas palabras o algunas «proezas». El hombre, con su heroísmo de todos los días, con sus dramas colectivos, sus mezquindades y bestialidades, pero también con sus nobles aspiraciones, no influidas y modeladas por modas literarias. La verdadera sustancia y meta de la literatura de postguerra (y de siempre) es la humanidad misma, con su planeta adornado, con ciudades que palpitan como corazones, con inmensas fertilidades, con desiertos a la espera de la invasión de la máquina. Esta literatura está buscando la esencia humana en el más humilde individuo y también en el «superhombre»; penetra en todos los escondrijos de los sufrimientos y felicidades, y anhela hacia todas las victorias forjadas con las herramientas meticolosas, persistentes o con el espíritu clarividente, en solidaridad creadora con las fuerzas eternas.

Los literatos de las nuevas generaciones no son, no pueden ser meros artesanos de la pluma, sino hombres que saben ver y penetrar la vida antes de describirla, que luchan con la vida antes de glorificar un triunfo, que sienten y conocen los innumerables viculos con sus semejantes de cerca y de lejos, y a los cuales ofrecen sus obras, los libros, de igual modo que el árbol se deja despojar de sus frutas por el sediento caminante...

LA RAZON SUPREMA DE NUESTRA LUCHA

Por España y la Humanidad toda

por FLOREAL OCAÑA

El peligro de la guerra nuclear pende sobre las cabezas de todos los seres humanos del orbe.

La tensión psicológica va en aumento produciendo desequilibrios nerviosos y psicósomáticos en un número cada día mayor de nuestros congéneres de todos los idiomas, de todos los colores, de todas las razas.

La angustia crece en todo el mundo. Hablen sino nuestros semejantes normales —en la medida que hoy pueden serlo— de todos los continentes, particularmente los que viven en los países europeos por los que viviendo en América hemos sufrido y sufrimos desde hace varios lustros —al menos el que escribe que vive en México, y supongo que otros sujetos sentirán lo mismo—. Digan si es o no cierto lo que **sentimos** y pensamos: que poco después de 1945, al empezar, entre las llamadas grandes potencias, la carrera armamentista nuclear, perdieron el sosiego los ingenuos **bienintencionados** que lucharon con las armas en las manos por las «democracias» creyendo que lo hacían por la Libertad, que sería la última guerra y que hasta el régimen franquista que se impuso al pueblo español por la intervención armada nazifascista se derrumbaría.

Hemos **sentido** y pensado más: que todos los amantes de la paz que viven en Europa, en medio de tan dramática situación, la mayoría de las noches del año, de todos los años, hasta el presente, se acostaron —y se acuestan, con más temor cada día— **sintiéndose** terriblemente amenazados, con zozobra indescriptible, angustiados pensando que quizás los despierten —los que logran despertar—, repentinamente, el estallido atómico provocado por uno u otro de los gobiernos que luchan por obtener la hegemonía autoritaria y económica en todo el planeta Tierra.

En esta hora en extremo grave que nos ha tocado vivir **sentimos** y comprendemos, más que nunca, que ninguna distancia media entre los seres humanos que nos queremos, y que hasta amamos a los sujetos indiferentes a nuestras ideas humanizantes y a los ilusos, por muy superiormente —vanidosamente— instruidos que se crean y así los considere el vulgo, al creer posible que religiones y Estados malhechores pueden realizar, «voluntariamente», acciones bienhechoras: de paz y de equidad, de Justicia Social.

Los sujetos con o sin títulos académicos y universitarios que leen y ven claro con los ojos de sus

entendimientos propios, bien abiertos o no cegados por «fes» irracionales religiosas y políticas, aprenden lo que las respectivas historias de religiones y Estados enseñan realmente: que los pasos de aquéllas y de éstos, por doquier, por todos los pueblos, en todas las épocas señalan todos, absolutamente todos, solamente huellas de guerras sangrientas por lograr botín y ampliar sus áreas de tiranías y de explotación en perjuicio mayor de los pueblos derrotados invadidos.

Cuanto de nuestros semejantes nos han comprendido todavía esta realidad, tan confirmada por la historia contemporánea que vivimos, por ilustrados que se crean los consideramos, cuanto menos, respetuosamente, víctimas de la perversa y degeneradora, mala, dicho en una palabra, instrucción y «educación» política-religiosa, autoritaria. Esta es la cosa odiosa que ningún respeto nos merece, porque sólo ha tenido y tiene por objetivo anti-biológico, anti-social, anti-humano, cruel, cultivar las tendencias de agresividad en todos los seres humanos desde el mismo día que nacen hasta que mueren o los hacen morir matando en guerras para la mayor gloria de «dios», ayer, y del Estado, hoy, ¡para mal mismo de los trabajadores manuales e intelectuales que logran sobrevivir, de los pueblos y de las madres que quedan sin hijos!

De México a Europa midense miles de kilómetros. Es verdad geográfica y matemática, innegable; pero otra gran verdad o **realidad psicológica** que nuestra sangre y todo nuestro ser **sensible** comprueba vibrante de rebeldías y de **afectos**, apasionadamente, aunque sin ofuscarnos, y que, sin embargo, no podemos escribir con letras, es lo que **sentimos** tan honda y angustiosamente al «ver» más cerca del peligro atómico y de los totalitarismos autoritarios a los libertarios, a tantos hermanos en ideas y sentimientos: que la distancia psíquica-mental, **emocional** y **afectiva** no existe. Ante un hecho cualquiera, en un momento dado, podemos experimentar hasta la misma **emoción** no importa lo alejados que estamos geográficamente.

Nada nos separa —ni hemos de permitir que nos «distancie»— a los humanistas libertarios; a todos nos acerca y nos unen, por encima de las distancias terrestres, sentimientos y pensamientos superiores: el dolor y el amor a nuestras ideas de emancipación integral de los hombres con las que queremos acabar con el primero: con el dolor, repetimos, o al menos con todos los dolores que de la

inteligencia científica-humanizada y de la buena voluntad de los seres humanos depende darles fin.

Nos sentimos, realmente, situados no en este o en aquel lugar geográfico en México, en España o con nuestros antipodas, sino dentro de la misma situación vital —o en las situaciones vitales— que viven nuestros semejantes en todo el mundo aunque, en el presente, lo estemos, particularmente, de los que habitan en Europa por considerar que es el continente sobre el que es más posible se inicie la tormenta termonuclear que están preparando, suicidamente, los Estados.

En el sentido precitado la situación de España vista desde ésta, desde México y de cualquier otra región del globo terrestre, es la más directamente comprometida por haber Paco «El Sanguinario» admitido que el territorio hispano sea, en Europa, el mayor arsenal de armamentos nucleares manejados por guerreros norteamericanos. En caso de guerra entre el Tío Sam y la Rusia dictatorial ésta «barrería» el suelo ibérico con fuego atómico antes mismo que al de la Alemania occidental, que a poblaciones norteamericanas y que a otros países.

¿No va siendo ésta la preocupación mayor del pueblo español? Sin duda. En particular después del choque aéreo ocurrido el 17 de enero del año en curso de un bombardero nuclear B-52 con un avión tanque durante una operación de reabastecimiento de combustible. Estos aviones norteamericanos se estrellaron cayendo el primero con cuatro bombas de hidrógeno. ¡Nada menos!

Declararon campesinos del lugar que las tres bombas que se incrustaron en el suelo de Almería —donde nació el padre del que escribe— fueron halladas a los cinco días del accidente y la cuarta, que cayó en el mar, cerca de Palomares, el 21 de febrero todavía no la han hallado. Y es el día que nos decidimos —hablo en nombre de los que así pensamos— a escribir estas líneas al leer, en la prensa, en esta fecha, que «los militares norteamericanos han perdido la esperanza de encontrarla». En la misma precitada fecha leemos en los diarios mexicanos las siguientes informaciones, reproducidas de publicaciones inglesas, que más nos alarmaron, que nos conmovieron y nos hicieron tomar la pluma al instante: que «sería un error grave menospreciar la situación, ya que el estallido de la bomba perdida acabaría con el sur de España». El «Sunday Citizin» concluye diciendo que «la bomba puede estallar».

Encuentren o no la bomba y ésta estalle o no el caso es que el peligro común nos acecha a todos: la guerra nuclear. Y tanto o más que a otros pueblos al pueblo español.

¿Qué efectos terribles ha podido producir ya —y seguirá produciendo— la radiactividad de dichas bombas y los restos del avión que las transportaba en las aguas, en la flora, en la fauna y particularmente en los habitantes de la región andaluza? Muchos, aunque ignoramos la extensión de los mismos por silenciarlos los franquistas, con la complicidad de los falangistas de izquierda y otros «traidores», todos mintiendo al pueblo español por estar al servicio del enano de El Pardo y del impe-

rialismo norteamericano como otros sujetos sirven a los dictadores rusos.

A Paco «El Sanguinario» lo ocurrido con las bombas nucleares le servirá para pedir al Tío Sam más sueldo, unos millones de dólares «extras» para apalea, encarcelar y hasta exterminar a los españoles que persistan en gritar por campos, calles y plazas hispanas: «¡Fuera de España los artefactos nucleares! ¡Váyanse los militaristas norteamericanos!», etc. Pero cuando toda la España quijote se levante, justiciera, como un solo hombre, contra la anti-España representada por el franquismo y sus cómplices, de nada servirán a éstos todas sus fuerzas como de poco le sirvieron en julio de 1936, en la media España que a tiempo despertó, se alzó y venció a los ejércitos franquistas.

El accidente aéreo ha tenido la virtud de despertar rebeldías y conciencias en la España del Quijote nada querida por el enano de El Pardo como lo demuestra, claramente, a plena luz pública, haciéndose cómplice de los militaristas norteamericanos: contribuyendo a poner en peligro de muerte horrenda a todos los españoles, partidarios o no del franquismo. ¡Y hasta a sus propios familiares!

Si ni a los suyos ama: a su esposa, a sus hijos, a sus nietos, etc., ¿qué sujeto normal puede esperar que Paco «El Sanguinario» «vele» por el bien siquiera de algunos de sus connacionales franquistas? Hasta éstos, verdugos del pueblo español a sueldo de tal Paco, se darán cuenta que a éste sólo le importa el «triunfo» de su persona. Es la característica psicológica negativa, destructiva, del sujeto autoritario militar o político-religioso, de cualquier clase o color, inventado o por inventar, que se manifiesta sin «afeite político» alguno, descarnadamente, con mayor o menor violencia, según la resistencia que halla en las fuerzas progresivas, individuales y colectivas, en cualquier región del globo terráqueo, cuando logra alcanzar el poder su único máximo miserable «ideal»: yo, solamente yo por encima de todo y de todos los gobernados; todos y todo ha de quedar sometido a mi omnimoda voluntad.

Ni pizca de amor al prójimo, por próximo que a él esté, late en el corazón deshumanizado, corrompido de el enano de El Pardo. Sólo el odio mueve a la acción al régimen que representa, un feroz odio jesuitico-militar, a todo lo progresivo, que será vencido, a no tardar, por la potencia o la energía más poderosa del mundo: por el amor luminoso y vital de la España quijotesca que a la Humanidad toda iluminará para que vea y siga el camino seguro, por duro que sea, que lleva a la libertad y al bienestar sin propiedad privada ni autoridad.

Los ex revolucionarios traidores que recientemente pasaron a las filas del franquismo, no quieren ni pueden alzarse contra éste, que los vigila de cerca amenazante, ni contra el Tío Sam, «descargador» de bombas de hidrógeno sobre España, por miserables conveniencias personales, económicas y políticas. Y los políticos hispanos de todos los colores, con los de todo el orbe por izquierdistas que se llamen, tampoco pueden luchar contra el mundo autoritario —porque pertenecen al mismo—

que hoy está simbolizado por los gobernantes rusos y los norteamericanos pese a saber que éstos y aquéllos están dispuestos a hacer guerrear a sus respectivos gobernados, pero haciendo víctima primera al pueblo español.

Las mujeres y los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo de España que luchamos por establecer el comunismo libertario —que empechemos a establecerlo durante la revolución social española en 1936-1939—, el verdadero comunismo, los de la F.A.I. y los de las Juventudes Libertarias, con nuestros afines de todo el mundo, somos los únicos que no estamos al lado de ningún Estado guerrero —todos los Estados lo son—, en ningún frente belicista, por considerar que el Estado es el enemigo público número uno del hombre, la cosa maligna que éste ha de destruir.

En esta hora, pues, una vez más, pero con más energía y amor que nunca a nuestros semejantes, los humanistas libertarios lanzamos nuestra voz de alerta a los trabajadores manuales e intelectuales de todos los continentes, y particularmente a los españoles del interior de España, gritándoles: estáis en peligro de desaparecer, de morir asados por la energía atómica que quizás usen los primeros los gobernantes dictatoriales rusos, sin previo aviso, sin declaración de guerra —haciéndola—, por sorpresa, en carne de hijos de España, como los norteamericanos —que están atrayendo el fuego de las armas nucleares a esta tierra de Quijotes, donde nacimos— descargaron sus bombas atómicas, en 1945, sobre dos inermes ciudades japonesas.

A los españoles por las experiencias sociales y política vividas ya ningún político ni política debe poder engañarnos. Muy malo es el Tío Sam, pero muchísimo peor es el Zar Rojo en turno, fiel continuador de los anteriores sátrapas de la Rusia dictatorial. Y frente a unos y a otros autoritarios estamos los libertarios, porque representan la guerra con la que queremos acabar.

Hoy Paco «El Sanguinario», que está haciendo a España blanco primero de la guerra termonuclear, el cómplice del Tío Sam hace el juego a éste diciéndole que ya no volarán sobre territorio hispano aviones cargados de bombas de hidrógeno a sabiendas que los guerreros norteamericanos no pueden ni quieren echar marcha atrás, que seguirán, con más precauciones, volando con sus aparatos aéreos, con cargamentos letales, sobre tierras ibéricas y europeas en general. Mienten los yanquis bélicos, con sus cómplices franquistas, para obtener resultados estratégicos sin tener que recurrir a violencias extremas contra el pueblo español que podría originar la reacción de éste alzándose contra sus verdugos nacionales y «extranjeros».

Por otra parte, españoles que continuáis viviendo en el suelo donde también vimos la luz por vez primera, y sobre el que luchemos en 1936-39 para intentar evitar que España fuera víctima de la anti-España, del franquismo, y de otras fuerzas «extrañas»: hoy todos los autoritarios están intentando distraer vuestra atención hablandoo de posibles mejoras económicas que, al fin y al cabo, por muchas que sean no os librarán de ser esclavos

del salario y menos salvaros de la angustia tremenda que estáis sufriendo los que tenéis conciencia plena de lo que está ocurriendo en la España invadida por los militaristas norteamericanos, cargados de armamentos nucleares, y en todo el mundo.

La lucha actual de los españoles del interior y del exterior de España y de todo el mundo sensible ha de ser contra la guerra monstruosa que están preparando los Estados más belicosos o «mejor» armados, porque es el gran peligro para la Humanidad toda.

He aquí, a nuestro entender, la razón de carácter biológico, social y humano, universal, que amigos y compañeros bienintencionados —como Peirats y otros—, tanto como podamos serlo nosotros, no han cesado de exponer, era preciso hallar: la razón, la sola razón que englobe todas las mejores razones imaginables capaz, por su continente y contenido, de congregar a todos los libertarios, de introducirse en todos los medios, en la psicología de todos los pueblos y atraer las simpatías y la colaboración de las multitudes al Movimiento Libertario que se enfrenta, en el presente, con más razón y valor humano extremo que nunca, al movimiento autoritario mundial que está «extremando» sus acciones anti-biológicas, anti-sociales e inhumanas.

En el medio autoritario que vivimos que se empeña en complicar las cosas y la vida misma de los individuos humanos, las verdades más claras y sencillas pasan tan inadvertidas, generalmente hablando, como la razón que exponemos, que está a la vista de todos los sujetos, sin que se le dé toda la importancia que tiene. Sin embargo, aunque nos llamen ingenuos los «listos» amantes de complicar las cosas y de verlo todo complicado, la razón expuesta es **razón suprema humanista libertaria** que nos dicta que es preciso, urgente, destruir al mundo autoritario, que representa la guerra, antes que provoque el estallido atómico y acabe con todas las especies biológicas.

No existe razón superior a la señalada que empechemos a hacerla predominar en España en 1936-1939. Por eso todo el mundo autoritario se lanzó entonces contra el Movimiento Libertario español, contra los libertarios de la C.N.T., de la F.A.I. y de las Juventudes Libertarias. Docenas de miles de vidas generosas cayeron para siempre luchando por el bien de todo el mundo, del mundo que no nos comprendió y nos dejó abandonados a nuestras fuerzas frente a las fuerzas retrógradas de todas las clases políticas-religiosas.

Que lo sepan los emigrados económicos que tienen la suerte de salir de la cárcel que es toda España escarnecida y pisoteada por los sayones del franquismo, y por todas las clases privilegiadas de la anti-España: la batalla de la C.N.T. libertaria, la auténtica, por la que dieron la vida Ascaso, Durruti, Juan Peiró, etc., de la F.A.I. y de las Juventudes Libertarias es contra el mundo autoritario, el de la guerra, que Paco «El Sanguinario», con su régimen clérigo-militar-franquista, repre-

senta y defiende aunque sea a costa de sacrificar a todos los habitantes de España.

Hay que hacer caer al enano de El Pardo sin dejar de combatir a todo el mundo autoritario que lo apoya, al que le debe haber hecho sufrir a la España Quijote una derrota más en 1939: al Tío Sam y al maquiavélico Zar Rojo que embolsándose, además, sin escrúpulos, desvergonzadamente, el oro del Banco de España, que en 1937 le entregaron —a Stalin, ¡pasándose de «listos»!— los republicanos hispanos y marxistas de todas las clases, y no entregándolo la Rusia dictatorial a los verdaderos y probados revolucionarios, a los libertarios, a los amigos y compañeros de Durruti, ha impedido que derrocáramos pronto al franquismo y salváramos a España de la invasión yanqui que significaría salvarla de los probables bombardeos atómicos rusos por ser hoy posición militar avanzada del Tío Sam.

«Ahora necesitamos algunos locos; ved a dónde nos han llevado los juiciosos», escribió Bernard Shaw criticando a la sociedad de su tiempo. ¡Cuánto más diría hoy, si viviera, viendo a dónde llévanos los llamados «juiciosos» que nos llaman «docos» a los libertarios haciéndose eco hasta ciertos sujetos que tenemos cerca: a la aniquilación total por medio de la guerra termonuclear.

En medio de miles de gobernantes de todos los Estados y de miles de millones de gobernados, de todos los llamados «juiciosos» del orbe que habiendo perdido el juicio haciendo ejercicios autoritarios tienen en sus manos el destino de la Humanidad, los humanistas libertarios somos los únicos que sin importarnos nos llamen «locos» hacemos frente a los enloquecidos por la soberbia autoritaria.

Que nuestros semejantes de todas las ideas capa-

ces aun de reaccionar en **buen sentido** y de enjuiciar bien las cosas, salvándose del encadenamiento de las tradiciones autoritarias, nos ayuden, pronto, en la obra de salvación común viendo y comprendiendo, con claridad meridiana, lo indudable: que el mundo autoritario se ha desarrollado hasta el grado que ya no puede garantizarnos o dar largos ni cortos armisticios o periodos de sosiego, de tranquilidad relativa de «espíritu» a las sociedades humanas. En adelante, mientras no lo destruyamos totalmente nos mantendrá en permanente vivir angustioso, plenos de temores diarios, sufriendo cada minuto de nuestras existencias.

El mundo autoritario es el mundo del terror para todas las mujeres y para todos los hombres. La Humanidad por primera vez está siempre en espera que le suceda lo peor si todos sus componentes más sensatos no lo evitamos a tiempo acabando con los Estados, con el militarismo y las fábricas de armas y de municiones. Por eso nuestro humanísimo grito de alerta y de combate defensivo, más que justificado, por pacifistas que seamos, lo lanzamos hacia todos los puntos cardinales, en dirección a los seres humanos de todas las latitudes.

Nadie tiene derecho a cruzarse de brazos conformándose con ciertas «cómodas» formas de vegetar, transitorias, deleznable, inseguras que en el presente ofrecen los regimenes con industrias más desarrolladas que contribuyen a adormecer las energías defensivas del hombre y pretenden debilitar las de carácter humanista libertario. No las despreciamos porque son menos de las que merecemos, pero no permitamos que nos detengan en la marcha hacia la destrucción total de los sistemas estatales que amenazan de muerte al género humano.

Si tenéis alguna pasión que
eleva vuestros sentimientos, que os
hace más generosos, más condes-
cendientes y humanos, ¡amadla!

Vauvenargues

SIMIENTE DE LIBERTAD

por Jacinto Guerrero Lucas

EL célebre «aggiornamento» iniciado por la Iglesia merece algún comentario. Si hubiera sido sincero lo hubiéramos aplaudido. Sin aceptar —¡eso nunca!— ni aprobar ni comprender ninguno de los axiomas de que la Iglesia se nutre; persistiendo en desnudar el oscurantismo triste en que sus fieles sumergen; sin dejar de denunciar la mascarada siniestra que el conjunto clerical constituye a nuestros ojos; sin abdicar del combate por un pensamiento libre que eleve al hombre a los astros arrancándole del polvo —cosas todas de que el clero es rival inconciliable—, hubiéramos aplaudido.

Nuestro afán es generoso. Sublime desprendimiento. No regateamos elogios cuando se sirve a la especie. No sabemos condenar iniciativas felices que mejoren la existencia. Somos, ¿quién puede dudarlo?, partidarios decididos de la entente entre los hombres. Nuestros esfuerzos se orientan a la instauración más pronta de un orden universal que ignore las ligaduras, asentado en los principios del derecho inalienable que no necesita códigos ni leyes articuladas. ¿Quién dice que estén difusos los márgenes inviolables para el individuo sano, ni que el hombre responsable no sepa el límite exacto que ha de aplicarse a sí mismo?

Es cuestión de sentimiento, de corazón y de espíritu. De educación racional. Por persistir en negar la capacidad del hombre a la disciplina propia se han dictado, desde siglos, las normas reglamentarias que rijan su condición, conduzcan su iniciativa y canalicen su fe. Se han instaurado sistemas de organización social que responden a los votos de grupos privilegiados, de minorías bastardas, de intereses partidistas que violan lo más legítimo de la aspiración humana y deforman por sistema los impulsos constructivos que germinan desde siempre en el corazón del hombre.

El balance es elocuente: Un desenfreno alocado por la consecución triste de objetivos insensatos. Mezquindad. Ordinarietà. Sequía espiritual y rutinaria modorra. La superficialidad consternante de los muchos, resultado de un proceso de deshumanización que culmina pobremente en un mundo dividido, asfixiado en los «slogans de demagogia logrera, entregado a los extremos del sometimiento ciego a doctrinas unitarias en que el hombre, el individuo, se funde gozosamente al rebaño de obediencia que es negación de su esencia, de su personalidad, de su ilusión, de su lucha, de su orden, de su derecho y hasta de su propia vida...

... Una existencia insufrible.

No desconocemos nada del progreso de la ciencia,

ni olvidamos los avances de la técnica moderna que doblegan la energía poderosa del planeta colocándola al servicio del interés general. Pero —¡lo hemos dicho tanto!— sólo el hombre constituye nuestro polo de atracción y sólo a través de él amamos o maldecimos, comprendemos o juzgamos. Es al hombre a quien ponemos en el centro de las cosas, señoreándolas todas. Podemos, pues, permitirnos enjuiciar severamente toda clase de adelantos que no impliquen la mejora de la condición humana, que no aligeren el fardo que atosiga las espaldas de los hombres del trabajo manual o intelectual y que, es más, se traduzcan por la intensificación de la inquietud angustiosa que distingue a nuestro siglo, acentuando la indigencia de las clases laboriosas, de masas desheredadas, acrecentando el peligro de un caos universal y ciñendo los contactos entre los hombres, los pueblos, al molde desolador del terror dosificado.

Conciencias minoritarias —a las que pertenecemos— provocarán la reacción que logre impedir a tiempo la culminación terrible del reino incalificable de los que se llaman «prácticos», de aquellos que —¡paradoja!— nos titulan de utopistas... La suficiencia grotesca de artifices desgraciados del desespero presente, preparadores celosos de desastres a venir. Acusación de utopía: el arma acomodaticia de utilización obscena en las bocas clericales, artesanas, en unión de los «fuertes» de la tierra, de directrices fatales que enrarecen el ambiente hasta hacerlo irrespirable.

Nuestra «utopía» refleja las inquietudes eternas del corazón de los hombres que tras haber rechazado la organización de vida legada por un pasado de esclavitudes sin nombre y excesos autoritarios buscan nuevos horizontes, sin poder hallar respuesta en la doctrina dogmática de una Iglesia concubina, envilecida en el lecho de los grandes de este mundo, ni en el tono centralista de un socialismo de césares que reniega al individuo y

sacrifica el bagaje del derecho conquistado a un espejismo de dicha eternamente aplazada, sin ser siquiera capaz de oponerse firmemente a la empresa reaccionaria que el llamado «mundo libre» desarrolla sin descanso.

Somos peligro constante para todos los que intentan drogar al género humano y evitar que éste despierte de su torpe sumisión.

No somos de ideologías: somos una religión. Pero una religión pura, fruto de naturaleza basada en el raciocinio. Podemos ser, en el fondo, una gigantesca empresa de limpieza y saneamiento. Nuestro esfuerzo permanente de vocación humanista alumbró la lucidez de los hombres más conscientes que aceptan el peso enorme de la obra del porvenir. En nuestra forma de ver, de interpretar, de juzgar, se dan cita los instintos solidarios más sagrados, y el insaciable deseo de superación moral, de formación permanente, de eterno mejoramiento. A las promesas vacías del «allá» sofisticado oponemos la evidencia de la lucha cotidiana por una mayor justicia. A las consignas sin réplica de los pastores de pueblos, responde la integridad de nuestra conciencia libre socialmente madurada. Al sonar de los clarines convocando a la matanza, la insistencia en designar al enemigo de clase como origen de los males que aquejan a los humanos...

¿Qué extraño pues que tengamos adversarios incontables, que nuestra ruta sea dura y penoso nuestro avance, que por doquiera se enfrenten a nuestra misión gigante los cómplices del poder y la religión nefasta, los siervos adormecidos, los mercenarios del crimen, los cobardes que se aferran al mito del mal menor, los ignorantes, las castas, los necios superficiales, los vendidos y los perros que se sienten satisfechos de su condición de esclavos?

¿Qué extraño que se conjuguen todas las fuerzas del mal para cerrarnos el paso? Es un mundo, todo un mundo de injusticias y apetitos, todo un terrible pasado de privilegios y excesos, de arbitrariedad y desorden: todo un mundo condenado que quisiera seguir siendo. Es normal que se defienda. Ello no ha de impresionarnos. Los césares, los imperios, feudalismo, inquisición... fueron otros tantos órdenes barridos por el progreso. El mundo no se detiene, y gira en nuestro sentido.

Nuestro mensaje hace más por el enriquecimiento espiritual del mundo que todas las religiones, todas las ideologías y que todas las doctrinas habidas o por haber. Nuestro fervor ascendente no puede ser superado. Los sistemas que hoy perviven, incluso los más audaces no son más que paliativos que, no logrando abarcar los problemas esenciales planteados sin descanso por la ambición humanista, desencantan a los hombres, mutilan su aspiración y amordazan su sentir.

El pensamiento fecundo del hombre evolucionado reclama vía anchurosa para acreditar su brío y desarrollar sus miras; para asumir plenamente su papel de educador. La insatisfacción eterna es motor del universo. Al espíritu sin trabas se deben todas las gestas elocuentes de la historia. El encierra la promesa de un porvenir venturoso.

Nuestra lucha es esencial: además de legatarios del testamento rebelde que enarbola el estandarte de emancipación completa y que ha marcado el pasado con trazos tan vigorosos, somos el rescoldo vivo de sereno descontento, el respaldo nobiliario del combate justiciero, la garantía inflexible de fidelidad al hombre por encima del sistema. Llevamos en nuestro seno los gérmenes poderosos del socialismo futuro que culmine nuestra empresa de fe revolucionaria. Tras la aparente derrota que tiñe nuestro presente, se dibujan los arranques de epopeyas renovadas que harán temblar los cimientos del mundo capitalista y del neo-socialismo que no ha liberado al hombre.

«Ver el brillo de mañana en las tinieblas del hoy...» El hombre libre combate contra el gran inquisidor que se oculta tras la máscara del orden, de la política, la religión y el dinero. Definiendo el anarquismo, se ha escrito recientemente «que es arrancar al hombre al orden, situándole en un estado de fuego y de voluntad en el que el hombre no tiene más fe que la fe en sí mismo, no conoce más certeza que la de saberse eternamente incierto, ni otro papel que el de actuar de infatigable «despertador» en un mundo incesantemente solicitado por el sueño...».

¿Cuántos hay, de por el mundo, hombres, jóvenes inquietos, que sueñan con la aventura? Ahí la tienen... y los llama: ayudarnos a transformar la sociedad, para mayor bien del hombre.

*Piensa en toda hora en lo que puedes accionar
como hombre... Lo que no es útil para la colmena
no es útil para la abeja.*

MARCO AURELIO

Fetiches divinos y humanos

NO es ninguna novedad afirmar que en todos los diversos sectores sociales, aun en los «muy cultos» se encuentran hombres y mujeres que creen en fetiches divinos y humanos, bien sean dioses, santos y guías políticos de quienes depende, según ellos, el porvenir del mundo para el bien o para el mal; pero en estos tiempos predomina, por temor al porvenir, lo que se ha dado en llamar el culto a la personalidad que se cultiva en los medios políticos como una flor de exóticos y atractivos perfumes por ciertos «revolucionarios» provistos de taumatúrgico vocabulario con el que condenan a los que están en el poder y ensalsan a los que quieren estar, rodeándolos, en casi todos los casos de falsas virtudes aunque de peores capacidades como guías.

El cambio de fetiches no remedia los males que siempre hemos padecido porque no sirve para eso su poder circunstancial; los males son algo que lleva consigo el hombre desde sus más primitivas épocas en el acervo de sus atavismos. La civilización actual con todo y sus adelantos técnicos no ha logrado despojar al hombre de muchos de sus instintos primarios que lo retienen atado al pasado sin dejarlo desenvolverse con libertad. El temor a la vida y a la muerte conformaron sus creencias religiosas y supersticiosas achacándole a divinidades imprecisas a montañas, animales y hombres fuertes el origen de sus bienes y sus males de quienes depende, y para quienes vive y trabaja, tratando de no ponerse en mal con eso que él considera la fuerza creadora de su existencia. Con ese bagaje a cuestas llegamos a nuestros días tratando de modificar la convivencia social que de egoísmos y maldades queremos convertir en relaciones armoniosas entre hombres y pueblos para erradicar el mal de la incomprensión con su secuela de guerras, miseria e ignorancia; más, uno de los factores que dificultan la tarea que muchos hemos emprendido es la conformación del creyente, el que no sabe ni puede determinarse solo, el que no confía ni en su fuerza ni en su propio pensamiento, el que tarado por prejuicios de toda índole, siente miedo al porvenir, y en vez de buscar y comparar verdades se entrega al arbitrio de personas que trabajan el gregarismo ambiente para dominar política y económicamente. La asociación de gentes para llevar a cabo un propósito

determinado es lógica y útil además, la organización de las actividades son necesarias para dar cima a las grandes realizaciones, y una de las de mayor urgencia es el cambio del panorama social en que vivimos, pero para ello hemos de despojarnos de esas taras que nos impiden ser buenos amigos, buenos compañeros y buenos revolucionarios.

El fetichismo político es algo que se cultiva con afán por ciertas corrientes supuestamente revolucionarias, porque «científicamente» es el camino para llevar a su campo de experimentación a las confiadas huestes humanas, forzarlas a vivir y trabajar bajo severos métodos disciplinarios con los que se cambia el motivo de la creencia en las divinidades por algo también abstracto como es el Estado o el poder político en el que los funcionarios sustituyen a los iconos de las religiones. Así, la cadena física y moral con que es sometido el hombre no deja lugar a dudas de que, lo que se pretende es sólo cambiar el motivo de las creencias, sin que esto constituya el verdadero sentido de una transformación que eleve a la categoría de HOMBRE a las personas que aspiran a la integridad de la especie.

Somos por condición iconoclastas y pretendemos la realización del ser humano en la medida y capacidad de cada quien, porque esta debe ser la meta de una verdadera revolución y no la que pretende un caudillaje absolutista con ribetes religiosos.

Regeneración

La Iglesia gruñe a lo lejos, como un oso panza arriba

GARCIA LORCA

Perlas de Shakespeare

DOS CLASES DE TENACIDAD

Sansón.—A mi entender, Gregorio, no debemos soportar más esta carga.

Gregorio.—No, porque podrían tomarnos por burros.

(Luego, hay una diferencia entre ser burro por ser tenaz, y ser tenaz por ser burro.)

EL AMOR

Grave ligereza, honda frivolidad, caos terrible de las formas atrayentes, sabia locura, pluma de plomo, fuego oscuro y frío, santo sufrimiento, sueños en pleno despertar que son los que no pueden ser. Ya ves el amor que siento y que no quisiera sentir.

El amor es el humo engendrado por el hábito de los suspiros... hoguera que centellea... o mar de lágrimas... discreto delirio, miel amarga, dulce acibar. El amor es áspero, rudo y punzante como un abrojo. El amor en los jóvenes no está en el corazón, sino en los ojos.

UNA NIÑA CAYO DE BRUCES

¡Qué chistoso era!, la levantó del suelo y le dijo: «Cuando tengas más juicio te caerás de espaldas.» Y la niña le contestó: Sí.

LOS SUEÑOS

Los sueños son los hijos de una mente cansada.

NO HAY QUE CREER

Ya Romeo es amado y ama tanto que ahora diríase hechizado por la fuerza de amar. Pero él sufre creyendo que lo odio la que adara y ella padece amando a quien debiera odiar.

EL ORO

Seductor hasta de los santos.

RELATIVIDAD

Una vieja liebre dura, una vieja liebre dura, en cuaresma es buen manjar, pero si está dura, dura, rancia, flaca, vieja y sucia, no hay quien la quiera probar.

MAS RELATIVIDAD

No hay cosa tan hermosa que usada mal, no pueda, desvirtuando su origen, volverse fea y vil. La virtud misma es vicio, si está mal aplicada, y el vicio, algunas veces, se embellece en la acción. Esta flor tan pequeña esconde, entre sus hojas, veneno y medicina: si se toma su olor, alegre y

vivifica; pero si alguien la prueba, atrofia los sentidos y para el corazón.

EL AMANTE

Todo amante es tan ágil que encuentra la manera de subir en el hilo de una araña, hasta el cielo; porque el amor es una esperanza ligera.

JURAMENTO

¡Por mi talón juro que no me importa!

¿Qué quieres de mí?

Buen rey de los gatos, nada, sino una de tus nueve vidas para tomar aliento con ella, y luego sacudir de lo lindo las otras ocho restantes.

UNOS POR LOCOS Y OTROS POR CUERDOS

—Los locos no tienen oídos, decía el cuerdo.

—Y los cuerdos no tienen ojos, decía el loco.

CAPACIDAD

¿Ya te vas? Señor, amigo y amante mío, quiero tener noticias tuyas a cada hora, pues caben muchos días dentro de un solo instante.

JUSTAMENTE

Un poco de pena demuestra mucho amor; excesiva pena demuestra poco seso.

AGITACION Y VALENTIA

Agitarse es ir de aquí para allá; y ser valiente es esperar de pie firme. De modo que si te mueves inicias la huida.

ERRADO

Parecía que dios nos había dado poco no dándonos más que una hija; pero ahora veo que hasta ésta nos sobra.

MAS AMOR

¡Ay! ¿Por qué el amor, que tiene los ojos vendados, siempre cree que están abiertos los caminos imposibles?

PEQUEÑA HISTORIA GRANDE

En la hermosa Verona, donde pasa la escena, dos familias iguales en honra y dignidad, por un rencor antiguo, que el vivir envenena, con sangre ciudadana...

LOGICA

Habla claro. Las ideas por enigmas sólo consiguen deducciones enigmáticas.

OTRO AMOR

No atiende las palabras amorosas ni las miradas ardientes, ni abre su seno al oro...

Y así, aunque rica en hermosura es pobre, porque cuando se muera, morirá su tesoro.

GUERRA

—¿Cómo? ¿Tirar la espada y luego hablar de paz?
—Romeo es, no diré tan dócil, pero sí tan reservado como el capullo roído por envidioso gusano antes de que pueda desplegar sus hojas o dedicar al sol su belleza.

PUNTUALIDAD

Tan poco sabio es el llegar antes como el llegar después.

AGRADECIMIENTO Y DESESPERO

Una última mirada, un abrazo postrero y un beso que es el sello que unirá nuestras vidas para siempre. Y ahora tú, piloso perdido, amargo conductor y desesperado guía, destroza esta cansada ave sobre las rocas. Brindo por mi adorada (bebe). Esta droga es activa, como me prometiste, buen boticario... gracias. Así en un beso largo, voy a perder la vida...

RICOS Y POBRES

Llevas el hambre en la cara, la servidumbre en los ojos; la miseria pesa sobre tus espaldas, el mundo te desconoce, la ley no te protege. Así no serás nunca rico. No hagas caso a la ley, no hagas caso a nada y toma este...

En recuerdo de Alejandro Casona

MUERTO EN MADRID

CASONA, la casa grande,
construida en la ladera,
debajo de la montaña,
donde Casona naciera.

No sé si éste fue un seudónimo
o un nombre propio; pues, era
conocido por Casona,
que en asturiano es vivienda.

De España salió exiliado
cual miles, por sus ideas,
por caminos diferentes,
a naciones extranjeras,
sufriendo allí, y en silencio
del suelo hispano la ausencia.

En Méjico y Argentina
vivió, pensando en su tierra,
pasando año tras año,
de su regreso en espera:
así pasamos nosotros;
como él deseamos verla;
pero, nunca volveremos
si la dictadura impera.

Aunque andamos por el mundo
de una u otra manera,
los que salimos de España
no volveremos a ella.

Casona regresó a España
con amargura y tristeza,
sintiendo en el porvenir

del oprobio la vergüenza:
los sentimientos de antaño,
los pesares y las penas
volvió de nuevo a sentir las
como antes las sintiera.

El regreso de Casona
al viejo suelo de Iberia,
para Franco fue alegría
para Casona tristeza.

Unos encuentran la suerte
de divertirse en las fiestas;
mientras otros que van sufren
de los jueces las condenas;
para unos color de rosa;
para otros de rosa negra;
para unos la alegría;
para otros la tristeza.

Casona se ha muerto ya:
descanse en paz, que sus penas
con la muerte han terminado
aun cuando otras muchas quedan.

La Prensa ensalzó su nombre,
su genio y su inteligencia,
y hasta cantaron los curas...
fue enterrado por la Iglesia.

Murió como otros mueren,
enterrados dondequiera.

Solano PALACIO

Sólo hay verdades relativas



por COSTA ISCAR

«No hay en el mundo una razón bastante fuerte para impedir a un hombre de ciencia publicar lo que él tiene por verdad».—Renan.

«Es muy difícil llegar a entenderse sobre cualquier definición y mucho menos sobre la palabra «verdad» cuando se conserva la creencia en **entidades absolutas**, las cuales, según los deterministas científicos, son sólo la consecuencia de sucesos históricos». — Le Dantec.

Estos aforismos pueden aplicarse a todas las cuestiones abstractas y abstrusas que el lenguaje impreciso del hombre plantea.

Divagar sobre los «fueros de la libertad creadora» es perderse en conceptos que chocan con la realidad.

Fueros, palabra enfática, llena de prejuicios y de privilegios legislativos y que no parece compaginar con el anhelo insaciable del mito de la libertad.

Libertad, aspiración imaginativa, inventada por el hombre para consolarse de su eterna esclavitud. Si el hombre llegó a la civilización de la sociedad jerarquizada, su libertad queda acondicionada a las múltiples ataduras que el engranaje autoritario impone.

Sólo el animal selvático, no perseguido por el hombre, es libre, pero libre en el medio indiferente cuando no hostil de la naturaleza.

Hay sí, libertades políticas, y esas son las únicas que las enclenques democracias admiten y que, en la práctica, se reducen a elegir al mandón de turno.

Todo gobierno más o menos despótico tiene que realizar obras públicas. Para eso el contribuyente y el vulgar consumidor pagan impuestos. Además hay que engrandecer a la patria, voz sonora que está en todos los labios que quieren gobernar de buen grado y por fuerza a las plebes del mundo.

Dictadura y democracia son términos que se conjugan muy bien; son el anverso y el reverso de la misma moneda: Explotación y Esclavitud del hombre por el hombre.

Crear en el sentido místico, cívico o ciudadano, es seguir dando vueltas a la noria de todos los sofismas y mentiras en que está enredada la especie humana.

Los cerebros con tendencia científica y técnica son los que pueden crear las maravillas del progreso mecánico. Pero en seguida se movilizan los prejuicios, las martingalas del juego sucio, los intereses particulares del latrocinio legalista para

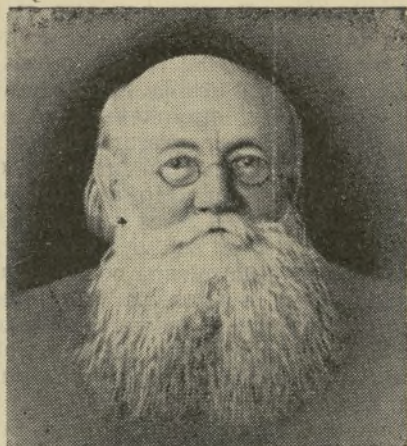
acapararse de los inventos liberadores que, por mor de las autoridades constituidas, que disponen de la riqueza y de todos los medios de corrupción, se hacen dueñas de todo lo que pudiendo servir a la vida, sólo sirve a la destrucción y a la muerte premeditada. No hacen falta los ejemplos. Nuestra época los da en «cadena».

Los exaltados por la fe cívica, que vino a suplantarse en ellos a la fe religiosa, se entusiasman con la militancia por la libertad, que todos proclaman y nadie goza... Son las paradojas de la vida moderna. Hay muchos aforismos, que son lo mejor de la dialéctica, pero para concluir con éstos, que no dicen nada y dicen mucho, es edificante afirmar con Le Dantec: **que los hombres científicos, no creyendo poseer la verdad absoluta, jamás serán hombres de acción, mientras no encuentren una nueva fórmula capaz de reemplazar, en el estado actual del mundo, las caducas y antiguas fórmulas tan peligrosas para la convivencia biológica de la especie humana.**

Para concretar esta afirmación del gran demolidor de prejuicios que se hizo transcendente con publicaciones tan importantes como la de su obra «Las influencias ancestrales», no está demás el último aforismo: «Sólo el hombre no autoritario, el que se curó del estigma de lo dijo el maestro» es capaz de ser libre... por lo menos en su pensamiento.» Y no ser autoritario equivale a hacerse anárquico, mal que les pese a los intelectuales de pacotilla y a los que quieren desvirtuar el verdadero significado de lo anárquico... Término repudiado y mal empleado por los partidarios de la logomaquia, pero que es la ironía de la vida y da al que ha llegado a comprenderlo la serenidad suficiente para contemplar la estupidez humana, no dejarse embaucar por los charlatanes autoritarios y adquirir una ética humana incommovible en la tendencia biológica de «vida menos mala para el desgraciado género humano», que quizá se halla en el estertor de su agonía...



Ayuntamiento de Madrid



KROPOTKIN

UN TRIBUTO DE

Havelock Hellis

La ley introduce o sanciona la autoridad de esclavitud, de casta, de paternidad, de religión o de militarismo; o se camufla de su servidumbre y, a lo último, tiraniza bajo la sujeción del Estado. Por lo tanto, la ley siempre ha logrado imponer el yugo sobre el ser humano, sin que éste apenas se dé cuenta; yugo que no ha podido nunca sacarse, si no ha sido mediante la revolución.

..

Acostumbrados como estamos yor prejuicios hereditarios y nuestra falsa educación e instrucción en representarnos la mano benéfica del gobierno, de la legislación y de la magistratura en todas partes, hemos llegado a la conclusión de que el hombre desmenuzará a sus semejantes en mil piezas cual a bestias salvajes el día en que no existiera policía; y que absoluto caos vendrá cuando en una revolución se echara por la borda a toda clase de autoridad. Y, sin embargo, ante nuestros cegados ojos pasan miles y miles de grupos humanos libremente formados, sin la más mínima intervención de la ley, logrando resultados infinitamente superiores a los que hubieran alcanzado bajo cualquier tutelaje gubernamental.

Pedro Kropotkin

DE tiempo en tiempo vienen a la tierra hombres que se colocan al margen de la corriente de la común tradición y, en su pensamiento y en sus vidas, o en ambos a la vez, se niegan a reconocer la imposición de una autoridad externa o el mandato exterior, creyendo que la vida humana sólo puede ser armoniosamente y con felicidad vivida, cuando su orden sea autónomo y venga de adentro. De tales hombres y en recientes años, el más ilustre y el más distinguido, cabe al gran Tolstoi, ha sido Pedro Kropotkin.

El mismo era en sí demasiado modesto para magnificar su propio lugar en esta gran sucesión; pero amaba recordar los nombres de aquellas grandes figuras del pasado que también rechazaron la autoridad de rebaños. Al principio fue bien lejos —tan lejos como pudo ir—, e invocó el nombre de Lao Tzé el primero y más grande de los místicos. Luego mencionó a Aristipo de Cirene y a los Cínicos, a Zenón de Citio y a aquéllos entre los estoicos que propagaban la libre comunidad y en muchos aspectos estaban notablemente cerca de los pensadores libertarios de nuestros días. Más tarde anotaba a algunos entre los Husitas y los Anabaptistas. Kropotkin pasa por alto a Leonardo de Vinci quien, por su completo rechazo de toda autoridad exceptuando la de la Naturaleza y su menosprecio por el rebaño, era en el lado intelectual el supremo tipo representativo. Pero no dejó de reconocer a Rabelais que permanece, aunque sólo fuera por su concepción de la Abadía de Telemo, el más brillante y lejano expositor de su filosofía. Menciona —y no hay duda que sorprenderá a muchos— el nombre de Fenelón, y no podía dejar de admitir al libre y flamígero genio de Diderot. Luego vino Godwin, quien primero formuló su filosofía en una coherente forma moderna, social y económica; y luego a la graciosa y encantadora figura de Guyau, que Kropotkin siempre miraba como el fundador de una nueva moralidad. El mismo Kropotkin tiene su alto lugar en esta noble pléyade, no tanto por su vigor o brillantez en cualquier dirección, como en una

hermosa combinación de cualidades, pues a la vez era un aristócrata y un mártir, un pensador filosófico y un revolucionario, eminente no sólo por sus grandes realizaciones en la ciencia, sino también por su buena voluntad a compartir la suerte de los más humildes, y entre los más notables por la nobleza de su carácter personal. Poesía una naturaleza hermosa en numerosos aspectos y era, sino naturalmente uno de los más grandes en la larga hilera de semejantes hombres, uno de los más típicos.

Hombres así a menudo se los llama de anarquistas y eso es lo que el mismo Kropotkin se llamaba. Inventado por Proudhon en 1840 y desde entonces tan a menudo empleado, no es aún un hombre muy venturoso. Sugiere una desorganizada rebelión contra todo gobierno y no es sorprendente que para la mente vulgar «anarquista» a menudo signifique «criminal», y aun menos sorprendente que el común criminal se haya catalogado a sí mismo a veces de anarquista. Pero la gente que se llama anarquista, al margen de los círculos criminales, no están en contra de la desorganización y tampoco rechazan al orden. Lo que buscan es mantener una organización que venga de adentro y que no sea externa, un gobernarse a sí mismo en vez de sufrir la imposición gubernativa de otros. «Haz lo que quieras», tal es la inscripción que Rabelais esculpió en su Abadía de Telema; pero en seguida clarificaba que la gente bien nacida y bien criada haría de buena voluntad solamente lo que es bueno hacer.

En un sentido más amplio los anarquistas representan una corriente de opinión que nunca ha dejado de existir. De un lado siempre han existido los estatistas, como Kropotkin acostumbraba a decir, y del otro, los anarquistas. Confían los estatistas en las establecidas y más o menos rígidas instituciones mantenidas por una fuerte minoría dominando a la mayoría; los anarquistas rechazan al Estado junto al capitalismo, a la opresión, a la guerra, a la que inevitablemente conduce. Pero hay, como sabemos, dos grupos de anarquistas, los individualistas anarquistas y los anarquistas comunistas que creen en una reorganización de la sociedad, iniciada por la revolución. Las supremas figuras en la historia que pueden calificarse de anarquistas, probablemente puede decirse que pertenecían al grupo individualista. Obviamente, en la tesis que éstos siguen, hay poca suerte de una rápida transformación de la sociedad; por lo tanto, los espíritus sanguíneos y optimistas tienden a orientarse hacia el comunismo anarquista que promete una cura rápida para los dolores del mundo. Y fue en esta última dirección por donde se encaminó Kropotkin. Esperaba que la revolución ocurriría al fin del siglo XIX, que empezaría en uno de los países de Europa y se extendería por el

mundo. La sociedad así formada tendría, decía, una notable organización. Pasaba por alto el hecho sobre lo que tanto el Estado es, que después de su expulsión por la puerta del frente, quizás se adentrara por la de atrás. Pues la muchedumbre será siempre muchedumbre, etiquétese o no a sí misma Estado, y una mayoría opresora nunca ha probado ser menos peligrosa que una minoría que oprime. La psicología de Kropotkin era un poco simple. Aseguraba que algunos seres humanos son «bestias venenosas» y deben ser destruidos por otros seres humanos a los que miraba como altruistas de alma pura. Pero apenas parece haberse dado cuenta que la mayoría de los seres humanos apenas si son lo uno o lo otro, pues tienen en ellos a la vez algo de «venenosa bestia» y algo de puras almas altruistas. La gran revolución que Kropotkin vaticinaba llegó en efecto, aunque años más tarde de lo que esperaba. Era una revolución que entonces no podíamos realmente estimar su exacto carácter, cuyas influencias parecía ser inmensas. Kropotkin se apresuró yendo a Rusia para tomar parte en ella, y allí en medio de la revolución para la cual pasó media vida preparándola, pero en la que pronto se sintió un extraño que acabó por desinteresarse completamente de ella, murió al fin.

De ningún modo debemos considerar a Kropotkin como que erró el camino. Al contrario, su vida fue el más grande de los aciertos. Es verdad que los entusiastas de este tipo y de tan noble corazón, sobrestiman el poder de su fe para mover montañas; no siempre reconocen, como Diderot, uno de los más grande entre ellos, tuvo el genio de ver y reconocer, que su credo es «diabólicamente ideal». Nos han dejado la luz de su inspiración y de su valor, luz que brillará encima de los hombres y que nunca se apagará, pues será siempre una llama ardiente, que mantendrá viva en cada uno de nosotros alguna chispa de esa más alta vida por la cual sólo la Humanidad verdaderamente vive.

Trad. V. M.

NOTA. — «Kropotkin, un tributo de Havelloc Ellis», fue primeramente publicado en «Pedro Kropotkin, el rebelde, el pensador y el humanitarista», un volumen de tributos y apreciaciones, compilado y editado por Joseph Ishill, publicado por las «Prensas del Libre Espíritu», 192 páginas, 16 ilustraciones, edición de 75 ejemplares no destinados a la venta. El presente ensayo, que contiene dos ilustraciones de Delannoyá fue impreso por el mismo editor en mayo de 1963, en una edición de 60 ejemplares para la distribución privada. Havelloc Ellis fue un ilustre sexólogo y hombre de ciencia inglés, recientemente desaparecido. Libre-pensador de altura, sus estudios perduran en la mente de los seres avanzados. Trad.

Las huellas de un peregrino:

EUGEN RELGIS

por Cosme Paules

(Conclusión)

CON AUGUSTO FOREL:

Hoy —me escribía Forel— cuando puede darse en ocho días en avión la vuelta a la Tierra, el internacionalismo se hace inevitable. Aquel que no lo comprende aún es un encostrado, esclavo de sus prejuicios. Muy satisfechos de la realización completa de sus descubrimientos, Copérnico, Cristóbal Colón y Américo Vespucio —si resucitaran en nuestros días— se burlarían de nuestros rabiosos chauvinistas nacionales, que desconocen todavía la necesidad absoluta de una ENTENTE pacífica entre todos los pueblos de nuestro pequeño globo terrestre...

... Es esa religión del Bien social la que ha determinado a Forel a hacerse «bahaísta». Había llamado mi atención acerca de esta religión supraconfesional, sin dogmas y sin sacerdotes, fundada en Persia entre los años 1852 y 1864, por Baha Ullah, y habíame puesto en relación con el sucesor de éste, Abdul Baha, que vivía entonces en Haifa, donde se halla un centro de este movimiento que cuenta con millones de adeptos en varios países. El bahaísmo toma los elementos del Bien social, es decir, moral, de todas las religiones «que el dogmatismo de los clérigos ha deformado, a saber: del budismo, del brahmanismo, del judaísmo, del islamismo y del cristianismo». Y también del monismo científico. Abdul Baha mismo precisa: «El Oriente tiene necesidad de los beneficios de la civilización material. Por otra parte, el Occidente carece de ideal espiritual. Es conveniente que este último se vuelva hacia el Oriente para recibir su luz y darle en cambio sus conocimientos científicos...»

Evoqué entonces la silueta del profesor Forel encorvado bajo la canasta suspendida de sus hombros, como nos lo presenta una fotografía incluida en una de sus folletos. Pues este sabio, no pudiendo trabajar ya dieciséis horas por día, ha tenido que limitar su trabajo útil a diez u once horas solamente. Y en su huerta, así como relata él mismo: «Me puse al corriente de los trabajos manuales, aprendí a transportar en un cuévano las innumerables piedras de mi jardín, a podar sus setos, a llevar leña, etc., para descansar de mis trabajos intelectuales...»

Un recodo del camino en pendiente. Y heme aquí a la entrada del pueblo de Yvorne. Se divisan algunas casas de piedra, con jardines y vergeles. No

necesito informarse: es la tercera casa de la derecha, con una placa de metal fijada sobre el vano del portón: «El Hormiguero». Entro. Cerca de la pared de fachada, algunos arriates de margaritas. La hiedra pende del tejado, por encima de las ventanas. Me recibe una anciana, derecha aún, de rostro franco y manos hacendosas. Es a ella, a su mujer, a quien el profesor Forel ha dedicado uno de sus trabajos cuando cumplió sesenta años. Es, por lo tanto, veinte años más «joven». Parece sorprendida de que un viajero por las grandes rutas europeas haya ido a detenerse allí. Los visitantes se han hecho muy raros, aunque el correo cotidiano sea aún voluminoso.

... Por fin, una voz áspera y trunca me hizo volver la cabeza. Reprimo un estremecimiento. Un anciano tan encorvado que el cuerpo parecía reducido a la mitad. La mano derecha, inerte, apretada contra el pecho. Según avanzaba hacia la mesa, hubiérase dicho que andaba con un sólo pie. La parálisis (a consecuencia de una apoplejía) le ha inmovilizado también la mitad del rostro. Cuando me dirigió el saludo de bienvenida, me di cuenta de que sólo con esfuerzo podía mover la lengua y los labios. Las palabras salían de la garganta violentamente arrancadas. Pero sobre la figura devastada, encuadrada en una corta barba blanca, brillaba la mirada, aunque los ojos estuvieran también gastados. Una mirada inolvidable: la de una inteligencia que se niega a abdicar ante la Gran Destructora, de una conciencia que conserva su claridad, sutil en medio de las brumas de la materia en decadencia...

... Es preciso ante todo —añade el profesor— poner en práctica la eugenesia. Los americanos han comenzado... Merced a la ciencia hemos logrado dominar a la naturaleza circundante, «mediante el auxilio de las energías acumuladas en nuestro cerebro», tras una herencia de millones de años... Sufrimos, pero también conocemos la alegría de vivir, de amar. Nos reproducimos y de este modo desafiamos a la muerte a través de nuestros hijos.

Del Testamento de Forel, leído por su hijo, el doctor Oscar Forel, el 29 de julio de 1931, en el crematorio de Lausana:

«Abandono la vida en paz, sin pesar, sin amargura, sin inquietud, con la firme esperanza en una vida mejor, no para mí, sino para vosotros, mis sucesores... He trabajado como un simple y honrado trabajador, que ara o edifica... Vosotros, mis

queridos hijos, continuad mi vida. Trabajad pacíficamente como los demás hombres, vuestros hermanos... Y pensad en mí silenciosa y serenamente, como si pensarais en mis hormigas, en mis libros o en los viejos nogales del jardín... No me lloréis. Tampoco llevéis luto por mí, ni de forma ni de fondo. ¡Sed todos alegres, desde hoy mismo! Si es posible, olvidad mis errores y mis debilidades. Desarrollad y mejorad lo que yo he podido realizar en beneficio de los demás... ¡Para nosotros, los muertos, el pasado no cambia! ¡A vosotros, los vivos, el porvenir que se puede modificar! Tened valor. ¡Adelante!» (Págs. 383, 384, 385, 386, 387, 389, 390.)

PABLO BIRUKOFF:

En su cuarto casi desnudo, delante de la gran mesa de abeto, cerca de la cual algunos estantes tienen a su alcance sus libros de cabecera, he hecho conocimiento con el antiguo secretario y compañero de Tolstoi. No se ha levantado y una de sus manos ha permanecido inerte, cerrada sobre el pecho. Experimenté la misma angustia que a la vista de Forel. ¿Por qué los grandes trabajadores intelectuales son heridos en su cerebro, en su corazón, en sus nervios, condenados a esa inmovilidad total o parcial del cuerpo miserable que no quiere (o que no puede soportar ya) los impulsos del alma y el vuelo cósmico del pensamiento febril?

Y Birukoff, sacando de uno de los estantes un libro, leyó:

«Me imagino que, desde la más tierna edad, a nuestros hijos debiera enseñárseles que un hombre no puede ser superior a otro y que no posee ningún privilegio sobre su prójimo; que es una bajeza y una vergüenza el querer hacerse superior al prójimo; que ninguna actitud es más humillante para un hombre que la de la cólera para con su prójimo; que la nulidad y la indignidad de un hombre no justifican mi cólera contra él ni mi querrela con él...»

...—En su segundo libro, Tolstoi analiza las causas de las guerras y prueba la contradicción en que cae la humanidad tolerando ese azote y pretendiendo, al mismo tiempo, que es cristiana... Déjame citar algunos pasajes del libro de Tolstoi:

...«El obrero sabe que esto se manifiesta en un mundo cuya injusta organización está comprobada por la ciencia y por la religión.» El nudo en que se hallan concentradas todas estas contradicciones, es el reclutamiento militar. Es cierto que el reclutamiento es necesario para el mantenimiento del Estado, pero, ¿tiene el mismo Estado su razón de ser? Los sacrificios que el hombre hace por él son tan grandes, que podemos preguntarnos si no es preferible renunciar a esta sujeción... los gobiernos lo saben y procuran por todos los medios a su alcance el circunscribir los focos aislados todavía de esas insinuaciones. El movimiento ha hecho ya progresos. Jesús ha dicho: «He venido para poner fuego en la tierra. ¡Cuánto quisiera que estuviera ya en llamas!»

...Y Birukoff me expone ampliamente cómo se ha esforzado Tolstoi en «eshonrar» la guerra. Interrogado a propósito de las causas de la guerra de los boers del Transvaal, Tolstoi había respondido como sigue:

«Si dos hombres que se han embriagado en una taberna, juegan a los naipes, disputan y comienzan a pelearse, no abrazaré el partido de uno de ellos, pese a las quejas y a las razones del otro. La causa de la mala conducta de estos hombres no es la injusticia de uno de ellos, sino el hecho de que, en lugar de trabajar o de descansar, han estimado que era preferible beber vino y jugar a los naipes en una taberna. De igual modo, si se me dice, en plena guerra que una de las partes es culpable, no podría dar mi aquiescencia... Las razones de la guerra del Transvaal, como de cualquier otra guerra, son claras: en primer lugar, la desigual distribución de las riquezas, es decir, el privilegio de un partido sobre los demás; luego, la existencia de una clase militar, esto es, de hombres educados y destinados para la matanza; la tercera causa radica en la doctrina falseada, que se halla en la base de la educación de la joven generación...»

Fácil es concebir la inquietud que se apoderó de Tolstoi cuando supo, en 1904, que había estallado el conflicto ruso-japonés. A la pregunta telegráfica (hipócrita) de un periódico americano, deseoso de satisfacer a su clientela, Tolstoi había respondido: «No estoy ni por los rusos ni por los japoneses, sino por los obreros de los dos países, engañados y obligados por sus gobiernos a ir a la guerra, contra su conciencia, su religión y en detrimento de su bienestar.» Un colaborador del «Figaro», Jorge Bourdon, fue a Isnaia-Poliana. Expuso las opiniones de Tolstoi sobre los problemas de la guerra en un libro: «Escuchando a Tolstoi.» Interrogado sobre el modo en que terminaría esta «guerra de razas», Tolstoi había replicado: «¿Qué me importa la lucha entre razas? No hago ninguna distinción entre ellas. Para mí, lo que tiene valor es el hombre. ¿Qué ventajas puede sacar el hombre de esta guerra?» ...«La conciencia me dice que el asesinato, en cualquier forma que sea, es detestable, que la guerra es un azote monstruoso y que hay que deshonrar todo lo que contribuya a prepararla... Si la verdadera conciencia cristiana hubiese penetrado en el fondo del alma humana, sería imposible para un hombre el coger un fusil e irse a matar a sus semejantes...»

...Comprobando la contradicción entre la bestialidad y la llamada civilización, cuyos progresos técnicos se hallan al alcance de los brutos, Tolstoi estima que esos hombres no tienen derecho a gozar de las ventajas de la civilización: «No solamente que no tienen el derecho moral de servirse de los ferrocarriles, de la electricidad, de la fotografía, del teléfono y del telégrafo, sino que aún el acceso a los simples oficios debiera estarles también prohibido, pues hacen uso de todas esas mejoras para la satisfacción de su ociosidad y de su libertinaje, para sus diversiones y para su destrucción recíproca...» (Págs. 392, 393, 395, 396, 397.)



Tenemos que terminar. No es posible proseguir señalando siquiera las más modestas huellas dejadas por este peregrino que nos envuelve en una montaña de visiones panorámicas, de penetraciones humanas a través de DOCE CAPITALLES europeas. En las cuartillas que siguen dejaremos constancia mínima apenas de cinco de estas huellas que nos llegan a lo más íntimo del ser consciente: Bartolomé de Ligt, Andreas Latzko, Stefan Zweig, Eva y, por último, esa nota sensible dedicada al tornero Gheorghe Nedelcu. Muchas otras radiantes luces dejamos por señalar en esta selección, pero a querer satisfacer nuestro impulso por transvasar todo lo que este singularísimo libro ha despertado en nosotros con su lectura, sobrepasaríamos todos los límites posibles en una presentación que queremos poner al alcance de los más estudiosos, con los menos renglones, pero no dejando margen a que se pueda entrever una nota que no tienda a la incitación de una mayor amplitud del lector por compenetrarse del superior contenido de DOCE CAPITALLES, en una época, como la presente, en donde la mentira abierta o camuflada impiden ver los rayos luminosos que despedieron las mentes preclaras de los hombres y mujeres encontrados por Relgis en su peregrinación por el centro del continente europeo, durante un tiempo de supuesta «paz» entre dos guerras mundiales. No nos cansaremos de decir al que estas líneas medite que para su conocimiento más amplio y profundo debe recurrir a la completa lectura del libro que nos ha servido de base para dar a conocer lo que consideramos imprescindible si se quiere introducir en tan inmenso panorama de acción ética e intelectual, a quienes más estimamos: los hombres y mujeres dispuestos a continuar —de acuerdo con las propias posibilidades temperamentales— la lucha por la conquista de mejores días para la humanidad y el ser que la compone.

BARTHELEMY DE LIGT:

... Y de Ligt comprobó con amargura:

—¡Ay! De igual modo que en el cristianismo antiguo se adaptó fatalmente a la sociedad romana en algunos centenares de años, el socialismo moderno se adaptó también fatalmente, en algunas decenas de años, a la sociedad capitalista e imperialista actual. La social-democracia iba a determinar la muerte del socialismo revolucionario. Mientras que la primera internacional tenía tendencias cosmopolitas y condenó, en 1868, toda participación en las guerras burguesas, la II Internacional olvidó de una manera cada vez más irresponsable su tarea, que consistía en combinar la lucha contra el capitalismo con la lucha contra la guerra: convirtiéndose en la víctima de sus propios medios políticos. Toda democracia socialista hallase condenada a traicionar su socialismo y a colaborar en la construcción del capitalismo moderno, demostrando al mismo tiempo que la titulada democracia no es más que un instrumento complicado para la clase dominante, con el fin de gobernar y dirigir los pueblos que creen gobernarse y

dirigirse por sí mismos. Habiendo aceptado la democracia moderna el sistema parlamentario y la participación en el gobierno en Estados capitalistas e imperialistas, la II Internacional fue arrasada la mismo tiempo por la ideología nacional. Colaborando en la edificación del Estado, sus adherentes se sintieron obligados a la vez a participar en la defensa nacional. Por esto la guerra moral y práctico del socialismo moderno... En los medios neo-marxistas que, desde varios puntos de vista, estaban inspirados por las ideas anarquistas y sindicalista-revolucionarias, hubo una oposición seria, a no dudar, contra la guerra nacional capitalista. Su táctica fue inspirada, en distintos casos, por motivos verdaderamente revolucionarios. Sin embargo, como lo he comprobado en mi folleto «Las persecuciones religiosas en la Rusia soviética», desde la revolución de 1918 el bolchevismo y la III Internacional (cuyo objeto fue realmente englobar al mundo entero) han degenerado cada vez más desde el punto de vista revolucionario, porque, irresponsables también, pero de una manera muy distinta, han empleado en su lucha todos los medios de inquisición: la policía secreta, la opresión, la censura, el militarismo y la guerra. No es necesario que me extienda sobre esto, porque usted mismo, en su carta a Barbusse, ha protestado de una manera ejemplar contra el empleo de los medios que están esencialmente en contradicción con el objeto perseguido... He ahí las razones por las cuales todo mi trabajo social se concentra sobre la idea de la responsabilidad. (Págs. 403, 404 y 405.)

ANDREAS LAZKO:

Stefan Zweig debía decirme el mismo día:

—Latzko ama el sufrimiento y el sufrimiento tiene por él preferencia...

Ningún otro escritor, quizá, me ha hecho sentir con tanta intensidad, con más potencia hipnótica como él —que es también un combatiente social— la gran tragedia de 1914. «Los hombres en guerra» suben su calvario, atraídos por ideales fatídicos o impulsados por las ilusiones colectivas, de la multitud aterrorizada por las divinidades terribles. Suben sobre el sendero en espiral, al borde del precipicio que devora a los nuevos sacrificados. A sus pies y hasta en el lejano horizonte, ven a los pueblos degollarse entre sí en un entreverso frenético, bajo los cataclismos artificiales que sacuden la montaña. Y ellos suben sin tregua, y a cada curva el fresco de la guerra muestra nuevos horrores. Visiones multiplicadas hasta el infinito, de las que sobresalen algunas imágenes típicas, formidables símbolos de un sólo y mismo gesto: el hombre que mata al hombre. Esclavos y tiranos, todos sufren la misma obsesión: la de la Muerte, a través de la cual algunos llegan a la plenitud de la voluntad de dominar, mientras que el mayor número soporta el suplicio de la miseria física, del agotamiento sin remedio, de las heridas que llevan con frecuencia a la locura delirante y, con más frecuencia aún, al olvido en la Nada repleta de cadá-

veres deformes. Es el sufrimiento del cuerpo humano, con raros gritos de humanidad consciente. Es el drama de millones de anónimos embrujados por algunas ideas fijas y algunas vagas aspiraciones a la comunión o a la revuelta... «Los hombres en guerra» trepan al monte de su martirio: sus ojos contemplan, extraviados, las apariciones infernales. Y ellos aúllan cuando el dolor muerde en su carne y cuando los apuntadores del Crimen los hacen rodar en el abismo...

... Ahora quiero volver a Latzko al problema social:

—Sé que su socialismo no es una actitud, sino un acto revolucionario. ¿Encontrará usted en ese acto una solución?

—¿La solución del problema social? El movimiento empezó a afirmarse en Inglaterra, hace un siglo, por medio de una ley que prohibía a los niños menores de doce años... ¡trabajar más de doce horas por día! Contra esta ley, los propietarios de las grandes fábricas de tejidos protestaron violentamente. Pretendían que se verían obligados a cerrar sus fábricas, si los niños de menos de doce años, la mano de obra barata, no trabajaban más que doce horas diarias como máximo... Aunque los niños trabajen menos hoy, esto no impide que haya propietarios de fábricas enormemente ricos. A cada paso del movimiento social, este mismo juego se repite. Los propietarios no han hecho jamás concesiones de buen grado; los obreros debían dejar sin pan a sus mujeres e hijos, y rescatar la menor concesión a cambio de su hambre, con frecuencia de su sangre. Yo no he leído ni oído decir que un propietario haya propuesto jamás, por sí mismo, impulsado por un sentimiento de justicia, dar facilidades a sus obreros... (Páginas 418, 419, 422.)

EN SALZBURGO, CON STEFAN ZWEIG:

En su vestido verdoso de viajero infatigable, con su sombrero tirolés, con su largo y delgado cigarrillo entre los dientes, Stefan Zweig es de una sencillez de aspecto y de una franqueza que ocultan, no obstante, sus grandes dotes de poeta, de crítico, de ensayista, de autor dramático y novelista. Os recibe con cordialidad, sin dejaros sospechar que os penetra y os diseca. Sus mejillas, de pómulos ligeramente rosados, hace pensar en el candor de un adolescente en el umbral de lo desconocido. Si ignorabais que es autor de esta imponente galería de retratos y de estudios literarios y psicológicos: Balzac, Dickens, Nietzsche, Hoelderlin, Kleist... Stendhal, Casanova... Tolstoi, Dostoiewski, Romain Rolland: de las patéticas narraciones reunidas en los ciclos «Calidoscopio» y «La cadena»; de ese «Jeremías» cuya sombra profética se proyecta sobre el drama de 1914-1918, creeríais que va a proponeiros acompañarlo en un viaje de aventuras.

... Hablando luego del cosmopolitismo que se confunde con el internacionalismo, Zweig, echando a un lado su plato, siéntese contento de poder delimitar una vez más estas dos nociones, de las cuales

ha comenzado a abusar también la prensa de gran tirada:

—Ya he escrito acerca de esto en la revista «Europa». Existen dos concepciones completamente distintas. El «cosmopolitismo» es una especie de hospitalidad convencional y cortés entre naciones cuya política recíproca es favorable. Se practica en tiempo de paz; y en tiempo de guerra no compromete a nadie. Es, por tanto, inofensiva, pudiendo cesar en cualquier momento, estando autorizada por los gobiernos en la medida en que sus intereses lo permiten. Que esos intereses lleguen a oponerse, y el intelectual cosmopolita vuelve a coger su pluma envenenada y, a veces, su fusil contra el «hermano» con el cual ha vaciado copas de champagne... «Internacionalismo» significa, por el contrario, adhesión al principio de la unidad indestructible de las naciones, independientes de las fructuaciones de la política. El internacionalismo sobrevive a la guerra. Más aún, la guerra es la prueba decisiva para un verdadero internacionalista, el cual debe afrontar a pie firme las fuerzas tiránicas, oponiéndoles su fe en la unidad intelectual del mundo. No conoce la «hospitalidad especial hacia los extranjeros» porque no conoce naciones «extranjeras». Para él, la fraternidad espiritual es muy natural y siempre se halla pronto a oponerse a cualquier guerra... Cada miembro de una sociedad internacional debe comprometerse solemnemente en una fe común y en una acción positiva. Yo pediría también un juramento que he formulado así:

«Declaro por mi honor, que en mis escritos jamás insultaré, menospreciaré ni ridiculizaré a una nación; que nunca echaré sobre un pueblo entero la responsabilidad de actos políticos y militares. Juro, por mi honor, que permaneceré fiel a esta convicción también en caso de guerra y aun en el caso en que mi nación tuviera que sufrir una injusticia por parte de otra nación. Es evidente que este juramento me deja toda la libertad de reirme de los políticos, de combatir los movimientos políticos o militares que aparecieran en otros países. Pero jamás haré responsable a un pueblo ni a una nación entera de los delitos y de los crímenes de sus dirigentes...»

... El último tren sale después de medianoche. No quiero retener más a Stefan Zweig: sé que otro viajero europeo lo espera en la biblioteca de allí arriba, sobre el Kapuzinerberg... (Págs. 426, 434 y 435.)

DE REGRESO. EN LA TUMBA DE EVA, HERMANA DEL PEREGRINO:

... Y deambulé entre los sepulcros. He descifrado inscripciones carcomidas, me he detenido ante túmulos frescos, antes lápidas casi enterradas ellas también, ante las filas uniformes de los que perecieron en la Gran Matanza, anónimos a los cuales se les ha puesto un nombre colectivo: «soldado prisionero ruso», «soldado austriaco», «soldado rumano», que se mataron los unos a los otros bajo el satánico mandato de los Estados en reyerta...

...Allá, bajo el monolito de mármol color de ceniza, se ha deshilachado la envoltura de una existencia. Después de mis peregrinaciones por diversos países, tras de haber absorbido con la vista los panoramas de un continente, de haber escuchado la voz de los precursores y camaradas, después de tantas investigaciones y comuniones, he llegado a la tumba de la hermana, para ser atenuado por la implacable advertencia de la muerte... (Pág. 456.)

**EL CIRCUITO SE CIERRA. BUCAREST. APOTEO-
SIS FINAL CON LA VISITA DEL TORNERO
GHEORGHE NEDELICU:**

...En esta joven capital, he visto algo de las metrópolis que he recorrido: arcaísmo pintoresco y urbanismo geométrico, ensueño y velocidad, miseria y opulencia, todos los defectos y las virtudes, en una baránda de promesas, y victorias que empiezan a brotar...

En la calle donde vivo, al otro extremo de la ciudad. Un niño salía por la puerta del zaguán. Se cruzaron nuestras miradas en un centelleo de alegría:

—¡Papa!

Lo dejé con los bucles castaños, durmiendo en su camita. Ahora está usando blusa rayada de escolar, con la cartera sobre la espalda y con el cabello corto. Sobre el rostro tostado comienza a apuntar la expresión varonil.

—¡He aprendido a leer! —exclama Alejandro con gracioso orgullo.

Y desde el balcón del tercer piso, la mano de Ana, mi esposa, me hacía la señal de bienvenida, la misma señal que, hace seis semanas, significaba un cariñoso voto de feliz viaje por caminos que, no obstante, la atemorizaban porque los ignoraba y porque me alejaban. Mi jira se ha cumplido:

se ha cerrado como la hebilla de una cintura empujada, en el oasis del hogar.

En el mismo día reanudé mi trabajo, ya que no lo he abandonado tampoco durante el viaje. Ese trabajo constante, de artífice de la Palabra, de jornalero de la Idea.

...Hacia el atardecer, en el momento de regresar a mi casa, la puerta se abrió de nuevo, empujada por una mano tímida. Un obrero, de pequeña estatura, y deseoso de leer y aprender.

—¡Bienvenido! —me dijo—. Y su sonrisa era seca, amarga, mientras sus ojos brillaban en la profundidad de las órbitas. Sabía que estaba enfermo. Después de una silenciosa vacilación, me ofreció un pequeño objeto de acero biselado, que tenía forma de libro, con dos iniciales grabadas y la fecha de hoy:

—Lo hice con algunas cápsulas de ametralladora, en mi turno del Arsenal.

—¿Todavía trabajas allí?

Un suspiro. Un meneo de cabeza:

—No me ha sido posible encontrar ocupación en otra parte... Me atormento sin cesar... Pero estoy decidido a partir...

—¿A dónde?

—Al Brasil. A cualquier parte donde pueda trabajar por el pan, por la dignidad humana. Le ruego acepte esta cosita, como un testimonio, como un recuerdo...

Y apretando un lado del librito de acero —era un encendedor— surgió una pequeña llama...

Te agradezco, Gheorghe Nedelicu, por tu buen pensamiento, por la enseñanza que me has brindado. Cierro este libro con tu nombre de obrero, que involucra el de millones de trabajadores «por el pan, por la dignidad». Pues he escrito estas páginas con el pensamiento que te indujo a forjar un encendedor con unos cuantos proyectiles:

Por una luz, por muy pequeña que sea, pero bienhechora. (Págs. 450-460.)



Romance de la calera

A MI HERMANA CARMELA

por ABARRATEGUI

Mejor morirse que ver
por la calle tanta muerte.
La emoción de haber vivido
serpentinatas estrecheces,
coces de puntas obtusas
el alma amarga retiene.
La cal musita y barrunta
su blanco sino y parece
una novia predispuesta
a lavar sangres perennes.
La Iglesia abrió sus caleras
y por los sepulcros crece
poniendo capas de cal
y afrentas de inútil nieve.
Federicos y Garcías,
hermanos de mucha gente,
limpios nardos varoniles,
dolores fijos de siempre
que la cal de la locura
blanqueó como a paredes:
vuestra sangre, en los granados,
lírica y pura aparece
bordando banderas nuevas
de libertades silvestres.
Lorcas de España, dormidos
corazones con afluentes,
vivas conciencias que exigen
la utilidad de sus muertes.

Por la calera, Castilla,
de negro duro su suerte,
dirige a los crematorios
sus pasos sobrios y febles.
Los ojos y las chicharras
se achicharran sin el verde
que las altas jerarquías
requisaron y malvenden.
Y fundidos en terror
a fuego apuntan cipreses.
Castilla ensancha sus lares
desconfiados y agrestes;
se asoma el mar vomitando
trigos que sembró en su vientre
y pregunta por sus muertos
a unas olas que no vuelven.
Los sepulcros blanqueados
en soledad se divierten
pensando que la Victoria

se apoya sobre burdeles.
Y el mar, herido de pena,
en el alto mar se pierde.

¡Cales y mirtos antiguos!
¡Flores de seda crujiente!
¡Hornacinas de papel!
Por la carretera viene
un antiguo caracol
que en su caracola hierve.
Las agonías paganas
de los cristos impotentes
rabian en los soportales
que a recelos viejos huelen.
¡Macarenas y Dolores,
Pilaricas en sus mieles,
impregnan de cal a España
y piedras preciosas quieren!

Por el aire, todo olor
transido de roja sierpe,
la cal cuesta una peseta
y su medida es la muerte.

¡Cómo quema la calera
huesos, risas y claveles!
Aquí se calla la voz
del Pueblo que ignora siempre
el sabor que en su miseria
la Vida auténtica tiene.
Allí se encubre el hedor
de carroñas, con laureles,
Y por lejanas campiñas
rebuznan, hartos de preces,
pobres bestias asqueadas
de los desmanes terrestres.

Sobre todas las fachadas,
bien blanqueadas y alegres,
la cal cubre las miserias
que otras miserias encienden.

PARABOLA

EL DINERO

Un día después que Lycon se había ido, Excyclo interrogó en estos términos:

—Oh, Psicodoro, ¿produce menos males la moneda que el manantial envenenado del cual hablabas ayer?

Recibió, pues, esta respuesta:

—La moneda produce más males ella sola que todos los manantiales y todos los torrentes que caen de las montañas.

—Pero, volvió a decir, el que la inventó pensó solamente a ciertas ventajas que produce. Quiso ser el bienhechor de los hombres; quiso facilitar los cambios que el trueque hacía penosos e inciertos. Me parece, pues, que debes absolverlo como absolvistes al manantial. O quizás te gusta y lo admiras.

Psicodoro levantó los hombros.

La palabra de Excyclo se volvió áspera:

—Si bien comprendo, oh maestro, con la respuesta poco precisa con que dignas honorarme, en verdad cometes una injusticia, puesto que de dos actos semejantes, condenas a uno mientras absuelves a otro.

—El inventor del dinero, hijo mío, no se parece al manantial alto. Fue preciso para finalizar en tal invento, un pensamiento singular aplicado a las cosas bajas. Y nada ha dado que corresponda a las necesidades sanas del hombre. ¿Qué cosa ha producido que pueda satisfacer tu hambre, o protegerte contra el frío, o ponerte al abrigo del temor y del deseo? Más bien es el envenenador que, entre el manantial y la ciudad, ha interpuesto la fábrica; envenenando así las aguas, ensuciando con reflejos metálicos y fétidos lo que viene a nuestra boca.

Psicodoro se calló un instante y sus labios, antes

plegados como sintiendo asco, se volvían lentamente una sonrisa.

—La naturaleza, prosiguió, ha querido que los frutos, las carnes y las otras cosas necesarias se conserven poco tiempo. Esta sabia previsión estableció entre los hombres una fraternidad y algo así como una necesidad de bienestares recíprocos. Antaño, el que tenía demasiada comida le daba a su vecino, aunque ese vecino no poseyese nada útil para el trueque. La generosidad era el solo remedio al sufrimiento de ver perecer al bien inútilmente.

Los ojos del filósofo parecían mirar a un lejano y dichoso horizonte. Una tristeza, al contrario, los cerraba casi mientras terminaba su discurso:

—Hoy, por desgracia, el dinero permite cambiar lo que perecería contra una materia duradera, sin uso y sin valor en sí misma, pero que nuestra locura acepta como riqueza real. Bajo una forma tan dura como un corazón de rico, el que tiene demasiado amontona lo que les falta a los otros; edificando, con el hambre de los pobres, el edificio de su potencia y de su servidumbre. El inventor de la moneda ha perfeccionado algo: ha perfeccionado la tiranía de la esclavitud; ha hecho duradera, sólida y creciente a la desigualdad que antes era precaria, ligera e incierta. Es el padre de miríadas de muerte, de miríadas de violencias y de miríadas de bajezas. ¿Ha previsto algunos de sus crímenes o los ha querido, bandido que ríe enmascarado? No lo creo. Era más bien como aquellos que el pensamiento vil perjudica cuando pretende servir, como aquellos que solamente dan su basura y que reparte al azar su estiércol, lo mismo encima del pan que acaba de cocerse que sobre el campo que se va a sembrar...

CIENCIA MILITAR

—Trescientos mil muertos se han registrado en la batalla de Wagram.

Napoleón: —Las parisinas en una noche se encargarán de darnos más.

CONOZCAMOS A SAMBLANCAT

EL APRISMO

COMO sabéis muy bien, el Aprismo es el partido político revolucionario del Perú, cuya caperuza más roja calza Víctor Raúl Haya de la Torre. ¡Salve, vencedor! Haya de la Torre es el terror de las viejas del Perú y de los jóvenes que tienen alma y cazcarrias de vieja. ¡Por la señal de la santa cruz, de la jeta a la braga en diminutivo lemosín y consonando con trompeta! ¡Amén, Jesús!

En Peruvia ha habido un teorizador social y un escritor que no era mulo; quiero decir, que tenía cerebro a kilos y pechugaba a lo macho mismamente. ¡Choca la zoca, González Prada! Casi todo lo demás rezuma petulación académica y reumatismo seminarizante. La microscopía del programa aprista, por ejemplo, pega a la pared al Solá de Cañizares menos iluso y le saca humo de la cachucha. Todas las plataformas políticas son vinada pura, generalmente con arrastre de negros posos. Pero, las hay que ni a heces vinarias llegan y ni para lavarse los quesos sirven.

Carta transatlántica del Apra: defensa matachinesca continental; internacionalización del canal de Panamá — ¡piscis! —; desbalcanización de las 20 naciones no saxo-americanas del Hemisferio, unificándolas lombardotoledanescamente; inter-americanismo, porque éste es un pan que se comen los cachorros de John Bull...dog; Amerindia c Indoamérica, en lugar de Iberoamérica.

La última de estas coplas de Calainos es la que más en gracia nos cae y mayormente nos pone el seso y hasta el sexo. Ha surgido en el ecumeno occidental hispanogarrulante, en los últimos 50 años, una corriente de opinión antibérica, que representan en México los pintores Ribera y Orozco, en Colombia Germán Arciniegas, en la Argentina Lugones y en Perú el aprismo. Esos son los que, en su perafán de borrar hasta la más remota huella de la Conquista, proponen que al divino feto de Cortés y de Pizarro se le llame Indoamérica y no Hispano-américa, ni Latinoamérica.

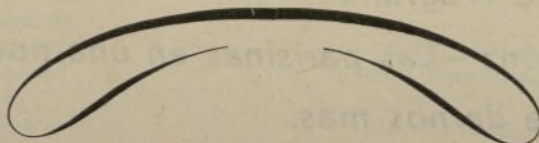
Cometió un alemán la alemanada de vesprepuciar a este Continente, que descubrimos, exploramos, colonizamos y civilizamos los españoles. Y ahora se destierran pedruscos, caragolinas, tejos y otros primores mayas y toltecas, para enfrentarlos con nuestra pintura, con nuestra arquitectura,

con nuestro teatro, con nuestras letras y con nuestro civilismo. ¡Para desternillarse y destrangularse de risa! Batracomiomaquia contra gigantomaquia. Haya de la Torre, llega hasta la puerilidad de atribuir la caída del guíñol inca a la traición del indígena Felipillo, que malincheó con Pizarro y vendió la propia patria por 30 abalorios, como Judas a Cristo.

A América, chica honrada, sólo hay apellido, que razonablemente le cuadre: el de su papá. Debe, por tanto, llamársela Ultrahesperia, Iberia Occidentalis o España Nueva o novia. Y eso ni los terremotos que hacen bailar los Andes, lo mueven. Hasta para ofender a nuestra sangre helenorrifeña hemos de acudir aquí a las inventivas de su genio. Y así Indias del Ocaso llamó España a estos países solamente porque creyó Colón que había descubierto una especie de Malaca.

Pero, todos los que se han asomado al Nuevo Mundo saben que aquí ni hay ahora un sólo indio, ni lo ha habido nunca. Los indios no híbridos ni bastardos son los ribereños del Indo. Y de esos ni uno siquiera emigró a estas playas, porque tenía que saltar los 8 mil y pico de metros del cordón himaláyico y los 7.000 de la era del Mico tibetana. Y ese brinco no hay garrochista que lo cubra. La migración de los hindúes no rastreó jamás el Norte y el Este tapiados, sino el Oeste más accesible, corriéndose los arios en dirección a Europa por el Turkestán, la Bactriana, el Irán y Armenia, orillando el Caspio y remontando las chepas cáucaso-carpáticas, para inundar la estepa rusa.

Las razas que poblaron América, invadiéndola por el canuto del Behring, después de repechar Siberia, eran manchúes, tártaras y mongólicas o mongolas. No hay más que verles hoy a sus descendientes la cara, para convencerse de ello. Los caravaneros indostánicos eran gente viejamente civilizada, de rasgos fisonómicos armoniosos. Y las tribus que por estos desiertos pululan se parecen como una castañeta a otra a los hordarios de Atila y de Gengis Khan. Conque si deshispanizamos el Continente del peso, lo que procede no es llamarlo Indoamérica, mote doblemente falaz, sino rebautizarlo con el de Kalmukoamérica u otra gilipollada por el estilo.



POETAS DE AYER Y DE HOY

LA PRUEBA

Por RALI

No hay nobleza más sublime
que amar al que no es amado,
querer al que nunca supo,
perdonar al que es odiado.
Debes ser, aunque no quieran,
justo y desinteresado;
capaz de sufrir mil pruebas
y en la adversidad, forjado.
En la derrota maldita
no te des por derrotado,
y si sales vencedor
nunca seas desalmado.
Norte del que se ha perdido,
leal con el ultrajado;
labrador de fantasías:
deja el campo bien labrado.
No pienses en recoger
lo que otros han cultivado;
si cosechas decepciones
date siempre por pagado.
Si al afrontar el peligro
te sientes abandonado,
recuerda que no está solo
ni el hombre más desgraciado.
Si en la prueba no te ensucias
y te mantienes honrado,
llevarás, aunque no quieran,
un buen amigo a tu lado.
¿Quién puede parar el sol,
o hacer del viento un puñado

de libertades atadas
y heridas en el costado?
Ni en la cárcel está preso
quien se siente liberado:
el pensamiento del hombre
nunca estará encadenado.
Lo tienes todo en ti mismo:
tu voluntad es donpreciado;
salta el río si te ves
por la malicia cercado.
Si ofendido no te humillas
aunque seas torturado,
conseguirás con tu hombría
vencer al que te ha humillado.
Has de ser con la injusticia
del tirano despiadado,
un rebelde y justiciero
de tu pueblo esclavizado.
Del roble debes tener
su poderío probado;
del águila la mirada;
del mártir, su apostolado.
No seas en el dolor
el primer recién llegado;
quien predica con ejemplos
acaba crucificado.
Jamás te des por vencido;
si eres fiel a tu pasado,
siempre tendrás, en la prueba,
un buen amigo a tu lado.



Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Fabiola	3,00	Influencia de las ideas absolutistas en el so-	
Fábulas Iriarte	4,00	cialismo	2,00
Fábulas Lafontaine	4,00	Ira (la), Séneca	2,00
Falsos redentores	8,00	Internacional obrera (la), V. García ..	4,50
Fantasma de Canterville	4,00	Invasión del mar, Verne	2,00
Faro del fin del mundo	2,00	Indias negras (las), Verne	2,00
Fascismo siglo XX, Rama	2,50	Irresponsables (los)	3,00
Fatalidad	2,00	Ivanhoe, Scott	3,00
Facciosos más y algunos frailes menos ..	2,50	Intereses creados, Benavente	3,50
Federación Local es el Municipio, Alaiz ..	0,50	Jane Eyre, Bronte	3,50
Fénix	5,50	Jardín encantado	3,50
Fertilidad y esterilidad en la mujer	0,80	Jardín de Acracia, Solano	3,00
Figón de la Reina Patoja	2,00	Johas el errante	0,50
Fin del mundo	8,40	Juan azul	4,50
Fisiología del trabajo humano	24,00	Judíos sin dinero	6,00
Fortuna	5,00	Juicio de Eva	2,50
Fundamentos de la ciencia económica	6,00	Julio, Galdós	2,50
Filosofía fundamental, Balmes	4,00	Juanita la larga, Valera	4,00
Filosofía de la vida, Engels	3,00	Karaganda (campos de concentración de	
Fin de la Tierra	5,50	españoles	1,00
Final de norma, Alarcón	2,50	Keraban el testarudo, Verne	4,00
Frente al mañana, Sánchez Albornoz	2,00	Kira Kiralina, Istrati	2,00
Fuera de la ley, Bajatierra	0,50	La isla del Tesoro, Stevenson	3,50
Formas literarias, Vossler	4,00	Interpretación de la historia, Leval ..	0,80
Fundamentos del cooperativismo	4,50	Intelecto helénico, Gener	4,50
Fundamentos de la neurosis de la infancia ..	4,50	Juana la loca, Picard	3,50
Fundamentos de la Geografía económica ..	4,00	Interpretació Llibertària del moviment	
Fundamentos del Nuevo Derecho	4,50	obrer català	1,50
Fermin Salvochea, Rocker	0,50	La de los tristes destinos	2,50
Familia sin nombre, Verne	4,50	Languidez, Storni	4,00
Fugitivos del amor, Kright	7,00	Lámpara maravillosa	2,00
Horas de lucha	6,50	Laberinto español, Brenan	24,00
Hombre ¿a dónde va? (el)	15,00	Lámpara que no ardió	4,00
Hombre que yo maté (el)	2,00	Lago negro	2,50
Humo, Turgueniev	4,00	Laski, o el hombre de gobierno	2,50
Humanitarismo y eugenesia	0,60	Leyendas, Becker	4,50
Ideas para una concepción biológica del mun-		La Fontaine, Taine	6,00
do, Uexkul	7,00	Ley del número, Mella	0,50
Ideas universales en el pensamiento español,		León Trotsky	3,00
Alaiz	0,50	Lirio del Valle, Balzac	4,50
Ideologías y regiones	3,60	Libertad de prensa	6,00
Impotencia en el hombre (la)	5,00	Libertad y civilización	6,00
Iliada (la)	6,00	Libertad sexual de la mujer	0,50
Importancia de llamarse Ernesto, Wilde ..	4,00	Libro de oro de la Revolución española ..	2,00
Infancia y juventud (mi)	3,00	Libro de tierras vírgenes	3,00
Influencias burguesas en el anarquismo,		Libertad de amar, Valentí	1,20
Fabbri	1,00	Literatura contemporánea, Blanco	5,50
Inteligencia de las flores (la), Meeterling ..	2,00	Libro de los cantares, Heine	4,00
Infancia entre dos esquinas	3,00	Lozana andaluza	6,00
Infancia en Nueva York	6,00	Lógica, S. Mill	6,00
Invernada en los hielos, Verne	2,00	Londres, J. Camba	4,00
Intruso (el), J. Ferrer	0,50	Los que tuvieron veinte años	6,00
Indomable (la), F. Montseny	1,50	Lógica, Balmes	4,00
Incógnita de Indoamérica	1,50	Lo que debería saber toda joven, Allen ..	0,60

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid